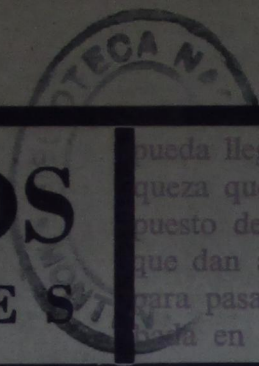


1041



CUADERNOS DE MERCEDES

... pueda llegar a satisfacer necesidades de
... queza que nuestro suelo dió, y que es
... puesto de manifiesto, volcando en esta
... que dan a quienes disfrutaron de las ri
... para pasar a los hechos; hechos positiv
... para en los anales de la historia depa

... positiva reunión donde se aprobará y firmará
... de por unos pocos sino que sin perjudicar a
... de esa reunión que sin lugar a dudas quedar
... o de una generación que terminó con las pa

**PUBLICACION
LITERARIA
PERIODICA**

4

SETIEMBRE DE 1964

1041



CASA BORIÓ
la casa del hombre elegante

Tel. 3

Nuestro reconocido agradecimiento a las siguientes Instituciones y Bancos locales, cuya generosa y desinteresada colaboración ha hecho posible esta entrega de "Cuadernos de Mercedes".

EL ONIX

Comisión Municipal de Cultura.

Ateneo de Mercedes.

HUGO I. SUAREZ

Banco de Soriano.

Caja Popular de Fomento

Agrícola Ganadero de Mercedes.

MANUEL V. CASTELLÓN

Banco La Caja Obrera.

Tel. 755

Rodó 750

Banco Comercial

FARMACIA POSTIGLIONE

4

Quilmes y 25 de Mayo - Tel. 779

C A S A B O R I O

la casa del hombre elegante

Colón y Roosevelt Tel. 3

Casa CAULIN & Cia.

Roosevelt y 25 de Mayo - Tel. 191

E L O N I X

Lavalleja y Ferrería - Mercedes

HUGO I. SUAREZ

Billares y Accesorios

Sarandí 430 Mercedes

MANUEL V. GASTELUMENDI

Escribano

Rodó 720 Tel. 755

FARMACIA POSTIGLIONE

Giménez y 25 de Mayo - Tel. 779

CUADERNOS DE MERCEDES

Publicación Literaria Periódica

4

SETIEMBRE DE 1964

Directores: Wáshington Lockhart
Ana Victoria Mondada

Secretario: Carlos Saratsola

Corresponsal en Montevideo: Wilson Armas

Redactor Responsable: Ana Victoria Mondada

Redacción y Administración: Eusebio E. Giménez 620
MERCEDES - URUGUAY

Correspondencia y valores a la misma dirección.

CUADERNOS DE MERCEDES

4

	Pág.
CARLOS SARATSOLA	Requiem 5
LEONEL REY	Poema 13
WILSON ARMAS	La Fuga 14
LIBIA VITOVICH	Poemas para el hermano 23
ANA VICTORIA MONDADA	Santana 25
SONIA J. CERVETTI	Poema 30
WASHINGTON LOCKHART	F. Sánchez en Mercedes 32
A. CH. ALDIGHIERI	Casa paterna 40
JEAN BESSALEL	Lo que un estudiante espera de la poesía 43
SAUL IBARGOYEN ISLAS	Propiedad colectiva 48
LUIS ALBERTO VARELA	Ese día 50
LUCIO MUNIZ	Ceniza 51
ENRIQUE ELISSALDE	A Nuestra Hija 53
Sección del Estudiante	
E. P.	Diario de un adolescente 55
JOSE ABEL POLERO	Amanecer 61
MARIA INES LICIO	Del ingreso' al Liceo 63
Comentarios bibliográficos 65	
Publicaciones recibidas 66	
Noticia de los' autores 69	

10

11

12

13

14

15

Requiem

Lo que nos sucedió el verano pasado pende aún sobre nuestra casa como el péndulo de un viejo reloj de salón que nos recuerda inexorablemente que algo sucede: el paso del tiempo. Así, permanente, sin cambio, lo que nos sucedió aquel cruel 11 de Enero, está en cada rincón de nuestra casa, dominando nuestra existencia. A veces me parece ver aquello como un par de alas negras, abatidas y destrozadas, sobre todos nosotros, con una marca a fuego en pleno corazón, en tanto que quienes cometimos el crimen hacemos esfuerzos felices por librarnos de ellas y obtener un poco de luz, de aire.

Para los demás nos hemos convertido en seres fantasmales. El jardín sobrevive gracias a que la naturaleza es pródiga. Las celosías blancas de la casa están despintadas; algunas cáscaras de pintura campean por la terraza junto con las hojas secas. Desde entonces no han sido abiertas. En el garage, el coche hubo de ser colocado sobre unos tacos, porque los neumáticos estaban a punto de cortarse con su peso. Fué el único día, desde entonces, en que un extraño penetró en casa. Quizá él vió la piscina sin agua, los azulejos a punto de reventar, el pasto ganando las lozas. Nosotros estamos siempre adentro de la casa, salvo algunas salidas al patio cerrado. Adentro todo es una penumbra; muchos de sus cuadros, — y digo que todos—, han sido retirados y un claro señala su lugar en los muros.

Es que pese a todo aún perdura en nosotros el odio a todo lo que él amó y que hizo de nuestra existencia una cosa extraña sometida a una tiranía contra la que nos rebelamos en el peor momento de su vida. Es que sólo quisimos liberarlo de una obsesión que para todos nosotros era ya un martirio.

Tenemos pocos parientes y casi no los vemos. Los amigos, que en su mayoría eran sus seres queridos, ya no nos frecuentan. Es que nos hemos convertido en seres insociables, como monjes silenciosos partícipes de los secretos del convento. Nuestra existencia es una hurtadilla. Si alguno ha salido a la calle, ha sido en las horas en qué

Cuadernos de Mercedes

el sol se lo impide a los demás, o en que la noche agota las energías del prójimo.

Los cambios experimentados paulatinamente en la casa, —porque hacerlo de golpe nos hubiera quitado el sabor de la liberación,— denuncian su ausencia. Mamá, los días en que sale de su letargo, conversa con la vieja Epifanía en la cocina, hace lavar la terraza que da al río y allí se sienta en el sillón de mimbre, oculta tras unas gafas negras a contemplar el panorama que se rinde a nuestros pies. A veces se dan misteriosos deterioros que obligan a retirar sin comentario ni dolor los objetos que fueron de su adoración.

Su escritorio ya no existe, es ahora una pieza casi vacía, enalada donde se guarda un tocadiscos de pie, un bargueño y algunos sillones molestos. En el piso superior la alfombra que él hizo traer desde Buenos Aires ya no está más, y un piso de monolítico frío recibe y repite nuestros pasos. El día del cumpleaños de Lucía, nuestra hermana menor, con toda solemnidad retiramos el centro de mesa: tres briosos corceles que emergían como desde un puño. Recuerdo que mamá dejó de leer una carta, que nosotros sabíamos de Verónica, para contemplar cómo se iba al depósito aquel disparate decorativo, y poníamos en su lugar una sencilla cerámica con jazmines.

Así transcurre nuestra existencia. Para todo lo que hacia él concierna y todo aquello que constituya una prueba más de liberación, actuamos en silencios cómplices, nos entendemos con miradas, alguna seña, un gesto, hasta un codazo. Y así, en lo más íntimo de nuestras entrañas, cierto gozo irradia un agradable calor a nuestra existencia.

¿Cómo pudimos permanecer tan indiferentes en aquel momento crucial de su vida?. ¿De dónde sacamos fuerzas para dejarlo debatirse en su dolor sin que ello no se nos contagiase y nos causase pena, desesperación?. Estas preguntas me las hago siempre por la noche, recordándolo, y hoy estoy seguro que es la misma interrogante que se extiende por las otras alcobas. Y me veo integrando el cuadro de seres indiferentes, tan sólo a la expectativa, mirando hacia lo alto de la escalera. Y él allá, a los gritos.

Papá, Nicolás Ríos Córdova Medinateguy, era un hombre suficientemente rico, y a la vista está, porque no nos hemos muerto de hambre y nos ha dejado todo intacto, —recién nos damos cuenta,— y henos aquí con qué vivir y desparramar como él lo hizo. Tenía, y nos quedó, un campo perdido entre el departamento, al cual no nos hemos acercado por años, ni aún en su vida, porque Basilio es la mar

Carlos Saratsola

de fiel y porque a Basilio lo controla nuestro primo el escribano, y por las dudas, a ambos, nuestra Tía Dolores. Ella es la caja registradora más elegante de Mercedes, digna hija de Escorpión y hermana de nuestra madre. No siendo el menor, entre mis hermanos Verónica, Lucía y Gabriel pude vivir y apreciar mucho antes que ellos el cruel y obsesionante placer de nuestro padre: los caballos.

Si bien los cuatro vinimos a la luz en ese ambiente, jamás lo pudimos soportar y a diario nuestra rebelión se fue haciendo notoria, agria, cruel.-

A medida que crecimos fuimos haciendo oscilar hacia nuestros sentimientos los de nuestra madre, una mujer sencilla y carente de voluntad. El asco por aquel placer endemoniado se nos subió a la cabeza como una burbuja y un día estalló. Fué el peor de todos los días.

Crecimos los primeros años en una casona con jardín y añosos árboles de sombra tupida. Por los caminos de arena correteábamos y aprendimos a andar en bicicleta. Teníamos un estanque donde un sapo nos divertía. La casa era del abuelo y, muerto él, papá la hizo echar abajo para fabricar este bloque de ladrillos con terrazas y ventanas a granel, poseedor de un calor insoportable y de una ostentación lastimosa.

Papá desayunaba —mientras leía las páginas hípicas—, en un juego de loza con caballos estampados, sobre un mantel bordado con motivos hípicos también. Una obra de calidad que ninguno de nosotros pudo jamás soñar. A la entrada de la casa, en un prado que formaba el césped limitado por matas de geranios, un dorado caballo de bronce retozaba. Estaba hecho de proporciones pequeñas y era motivo de miradas de cuantos pasaran. Para nosotros era el hazmerreír de la casa. Cuanta mesa había en la casa tenía motivos decorativos referidos a caballos. Y caballos eran los grabados de la cristalería, las láminas de la loza, la platería. Encontrábamos caballos en el centro de mesa, en el fondo de los platos, en las toallas, en el muro que separaba la piscina del patio donde Epifanía colgaba el tendido. Papá tenía apego a los caballos al punto de que en su escritorio, sobre un cabellete lustrado, tenía una lujosa montura como elemento decorativo.

Si hacía un viaje a Montevideo, Buenos Aires o San Pablo, —que conocimos siendo niños,— era por sus hipódromos. En cada viaje adquiría el mejor equino, y lo hacía transportar con más cuidado que a su propia familia, (pues nosotros jamás viajamos con seguro de vida). En los muros de la casa campeaba una colección entera de

Cuadernos de Mercedes

óleos con equinos en todas las poses y colores posibles. La había encargado especialmente a un pintor de Montevideo. Y allí lucían convenientemente encuadrados e iluminados como si fuesen valiosas telas. Mientras tanto, cada uno de nosotros masticaba su soledad. Su indiferencia hacia nosotros se hacía palpable cada día que pasaba. Sólo nos atendía en cada gesto que en relación con los caballos tuviésemos, aunque más no fuese un simple comentario.

Si Tía Dolores pudo vencer su indiferencia, olfatear en sus asuntos e inmiscuirse tomando opinión, lo fué por su increíble cinismo.

El, que por poco no se santiguaba al oír nombrar sus parientes, depositó un cariño evidente en Dolores y la hizo partícipe de sus asuntos llegando a extremos inauditos. Dolores se lo ganó en buena ley y por nuestra causa desde que tuvo el suficiente coraje de regalarle para su cumpleaños unos espléndidos prismáticos alemanes capaces de horadar el horizonte de los hipódromos.

Con aquellos prismáticos Gabriel y yo pudimos espiar la intimidad de los vecinos y las chicas del club náutico, hasta que él nos descubrió y nos propinó una bofetada. Es que habíamos cometido un sacrilegio como tomar una gaseosa en el mismísimo cáliz. Mediante aquellos sublimes aparatos Dolores pudo entonces cubrir el gasto efectuado participando de todos los secretos de los hipódromos a la redonda y de las performances seguras. No en vano dejó su viejo coche por un Mercedes Benz flamante.

Nuestros juguetes fueron caballitos a granel pero cuando crecimos se despreocupó de nosotros. Eramos ya unos adolescentes racionales con todas nuestras faltas, aventuras y candores. Y él, hacia nosotros era un témpano. Lo que deseábamos no lo conseguíamos con el pacer del regateo de otros chicos sino con su pusilánime benevolencia después de las carreras. Así vino la guitarra de Lucía, la motoneta de Gabriel, la cuenta abierta de Verónica, en la boutique y todo lo que yo pude acumular en mi cuarto que a cada carrera se iba estrechando de objetos.

Los amigos de papá se concentraban en casa a planear carreras como operaciones bursátiles mientras Dolores anotaba todo lo que la apurada Epifanía oía acarrenado bandejas de wiskys. Esos días Dolores no se apoltronaba en el mejor sillón sino que se instalaba en la cocina. Por Dolores supimos que en la estancia el stud tenía más proporciones que el casco y el parque íntegros.

Esa era nuestra vida: un padre dedicado a los animales y haciendo girar en torno a ellos todo cuanto veía y cuanto leía y hasta

Carlos Saratsola

cuando se molestaba solemnemente en ir hasta el cine.

Los hechos de aquel 11 de enero se suscitaron así:

“Yocasta”, hija de “Meteoro” y de “Amazona II” propiedad de N. Ríos Córdova Medinateguy, nació en Caracas después del Festival Internacional del año, pero se crió y fué preparada por el norteamericano Vance Simpson en los studs de San Isidro. Sus padres tenían cruza inglesa y árabe y su valor se estimaba en 250 mil pesos moneda nacional. Así rezaban unos bonitos folletos que papá tenía aprisionados en su escritorio por una pieza de ajedrez gigante: el cuello de un caballo de oro. Su debut en el hipódromo local era una fija, y como corrían otros buenos animales, la ocasión era uno de esos grandes acontecimientos sociales, en que la gente se prepara desde muchos días antes. Los nervios de papá eran visibles. Todo el día su actividad giraba en torno a la bonita yegua, y el día se acercaba propicio para el suceso. Como si fuésemos a un casamiento, nos prepararon de arriba a bajo. Rcpa nueva, —que no nos vino mal,— y el gozo de una noche de gala en las afueras, en la sede moderna y enjardinada del Jockey Club. Aún me parece vernos en el living, esperando que él bajase recién afeitado y bañado, y nosotros sumergidos en nuestros trajes nuevos, y las muchachas hieráticas debajo de unos alegres sombreritos. Como premio al aguante de toda una tarde en el Hipódromo tendríamos una noche inolvidable en el Club. Ese día Gabriel y yo y también nuestras hermanas teníamos una expectativa especial, y la noche se pintaba muy cálida, admirable para el champagne y los arrumacos en los pardines del club. Después del almuerzo marchamos todos en el auto especialmente lavado para la ocasión, pese a que la carretera del hipódromo era de gransa rojiza. Al llegar, el apogeo social estaba en su punto más alto.

Papá se desprendió del volante, del coche y de nosotros como con asfixia y se lanzó hacia esas partes prohibidas del lugar donde lo esperaban nerviosos compinches. Mamá fue arrastrada por Dolores y sus amigas del rummy, desapareciendo entre un mar de sombreritos, alhajas, carteras y abdómenes presionados debajo de finísimas telas. Mis hermanas se lanzaron al ataque junto con otras chicas porque el rubro sexo-opuesto era abundante y había novedades recién llegadas a granel. Gabriel y yo nos quedamos juntos un rato; pareceríamos un árbol al que un repentino huracán quita ramas frondosas. Y allí permanecemos calcinados, con el programa y unos prismáticos chiquitos mirando el gentío, endurecidos dentro de nuestros trajes nuevos, siendo

Cuadernos de Mercedes

objeto de miradas que con placer o envidia nos examinaban. De pronto, cuando empecé a fumar, —porque papá no nos veía,— caí en la cuenta de que Gabriel me había abandonado detrás de una sanducera de anchas ancas y con un generoso pecho debajo de vaporoso nylon.

Estábamos todos de vuelta en casa antes de lo previsto.

La escena no se me puede borrar de la mente ni aún quedándome ciego, ni aún en un mundo oscilante, turbio, como cuando en el agua oscura giran como tenues velos rastros de otros líquidos. Ni aún en un mundo de locura o de éxtasis.

Mamá, con una palidez monstruosa, hundida sin gracia en su sillón; Lucía en la entrada del pasillo que da a la cocina con un pie fuera del zapato que la agobiaba; Gabriel y yo sentados mirando el vacío, al pie de la escalera; Dolores que se pasea nerviosa entre nosotros, mirándonos como exigiendo una explicación, un consuelo. Devorando pastilla tras pastilla que extrae del fondo de su cartera, Verónica, con el rostro endurecido alisando permanentemente los cabellos que le caen lacios, echando veneno con sus miradas, tosiendo y componiéndose el pecho con picardía y con rabia porque todos sus planes nocturnos se fueron al demonio. Mamá se desprende el collar y lo deja sobre una mesita. Yo miro a Gabriel jugar con su llavero. Veo a Yocasta como un rayo correr por la pista levantando una polvareda como si fuese el humo de un gigantesco caño de escape. La veo hermosa, brutalmente femenina, avanzar como con rabia sobre sus enemigos, dar la vuelta en medio del clamor de la multitud. La veo próxima al triunfo, las crines sueltas en la desesperación, el jockey en el aire como un mono horrendo fustigándola, el brillo de su cuerpo bañado en sudor, la cola como una rama arrastrada por una corriente crecida. Luego el grito que se agiganta como si la muerte fuese colectiva, el pánico, la gente que de pie trata de alcanzar unos centímetros más de estatura. Las corridas, la gente que me apretuja y se lanza al borde de la pista. Yocasta volando por el aire para caer de rodillas estrellando a su jinete contra las barandas. La masa que enloquecida avanza detrás y los arrolla y son destruídos. La catástrofe!

Arriba papá gime, llora como un niño, brama como un monstruo. El médico de la familia ha sido llamado; le suministra calmantes y palabras de consuelo. El se revuelca en el lecho, vomita, se hiere con las uñas y pequeños hilos sangrantes le surcan las mejillas cubiertas de lágrimas. Es que su mundo se ha derrumbado. Todo un panorama, fuera del cual nada había, ha sido quemado y solo quedan

Carlos Saratsola

rastros negros, humeantes. Como si quisiera salvarlo todo se tira a las llamas. Sin embargo es imposible, y el juguete precioso ha muerto.

Verónica se levanta presa de un arrebato, sube, se le acerca, lo toma por los hombros y eleva el tono de su voz para que todos la oigamos. Ahí estalla la rebelión y ansiosos subimos la escalera. Verónica es un mar de rabia y de rencor. A pleno rostro le increpa su estupidéz, su debilidad. Del fondo de su alma saca palabras brutales de desprecio. Se le ríe en la cara, le demuestra la alegría que nos produce la yegua muerta. Si alguien de nosotros hubiese muerto, su aflicción no sería tan grande. Le pregunta a partir de qué día llevaremos luto por la joya abatida.

Son apenas veinticinco años de asco contenido que con nuestra presencia silenciosa encuentran un madero en qué apoyarse, para seguir descargando en el rostro pasmado de nuestro padre toda nuestra desesperada esclavitud a su hobby. Papá olvida la yegua y se yergue para destruir, no a la hija, sino a la intrusa, a esa desconocida que escupe en su mundo. Padre e hija salen de la habitación como una tromba, uno tras del otro. Nosotros en silencio seguimos el asunto. De seguro que, en caso de Verónica verse en peligro, acudiríamos en su ayuda aún a costa de la vida de él. Pero Verónica es una liebre, es tremendamente ágil. En otra familia hubiera estallado una escena general de ayes y llantos. Nosotros no. Al llegar junto a la puerta nuestra hermana arrojó a los cercanos pies que la seguían un bibelot (un caballo) que se hizo añicos como una pompa. El giró sobre sus piernas, dejó escapar un grito de rabia, se llevó las manos al pecho y lentamente fue cayendo de rodillas, la vista desorbitada y clavada en los reberberantes caireles de la araña. Nosotros convertidos en columnas desde lo alto presenciábamos el final del duelo. Solo cuando el médico, que ha visto todo, acude a él y nos mira solemnemente, nos damos cuenta. Ha muerto.

Después vino todo lo demás, lo que todo Soriano sabe y comenta del sepelio de un gran cabañero, del ciudadano que reunía todas las virtudes y ningún vicio conocido. Vino también la gente que aprovechó para ver cómo lucían unos ricos en luto y qué teníamos en la casa. Vino todo eso hartó y despreciable de quienes desconocían el drama que habíamos vivido.

Verónica no quiso estar presente ese día. Su ausencia dió lugar a más comentarios que si se hubiera comprometido con un diplomático o con algún estanciero de la zona. Hemos sabido de nuestra

Cuadernos de Mercedes

hermana por medio de Dolores, que ha viajado seguido a la estancia donde aquella se sumergió después de lo ocurrido. Mamá ha dejado pasar unos días rumiando no sé qué pensamientos; luego le ha escrito una larga carta cuyo contenido no conoceremos jamás. Gabriel, Lucía y yo le hemos pedido que vuelva. Gabriel es quién más ansía su regreso; me lo confesó últimamente mientras seguíamos retirando las pocas cosas que la devoción de él nos impuso en la casa. A solas hemos pasado largas horas por las noches comentando con gran esfuerzo lo sucedido aquel día.

Ya se acerca una primavera violenta y colorida. Estamos seguros de que Verónica volverá con nosotros. La llegada de ella es mi esperanza de que recobremos totalmente la vida. No dudo en absoluto de que con su presencia las cosas cambien por completo y se alejen de la casa los brumosos recuerdos que la llenan. Extraño tanto encierro, tan poca luz. Extraño la guitarra de Lucía y las explosiones de la motoneta de mi hermano. Extraño a mi madre que ya no vive sus horas habituales junto al tocadiscos o a los libros. Sí, necesitamos de Verónica, la necesitamos aunque más no sea para compartir nuestro secreto e íntimo sacrilegio. Quizá ya deba estar en camino. Con esta idea adueñada de nosotros hoy con Gabriel nos hemos dirigido al jardín de entrada para quitar del césped el corcel de bronce dorado que guarda la casa desde el cantero de geranios. Hay dos gorriones posados sobre su lomo. Con gran esfuerzo lo tumbamos; la bestia se derrumba lentamente dejando en su base un pozo de tierra perfumosa. El decorado para recibir a nuestro ángel salvador ya es apropiado; dejaremos el pozo ahí para que ella lo vea en cuanto llegue. De pronto el corazón de Gabriel y el mío dan un brinco; Gabriel se estrecha contra mí, presa de alegría. Arriba, sobre la terraza, comienzan lentamente a abrirse de par en par las celosías de unas ventanas.

Poemas

II

Veo pasar crepúsculos
lentos, redondos,
cavilosos, enteros.
Veo planear sus horas,
de luz, descompuestas,
temblor del infinito
yéndose sin violencias.

Y en los ojos, que van envejeciendo,
una nostalgia
de antiguo mantenida
se tiende hacia el ocaso

Y una voz que se repite dentro:
"Se va una edad perdida"

Allá en lo alto
prende una estrella
rondando nuestro ocaso.

La fuga

Pillín no descansó bien esa noche. Despertó varias veces nervioso, agitado, hasta que el nuevo día terminó por desvelarlo. No pudo contenerse y saltó de la cama, con sigilo, evitando despertar a Mangacha, que dormía profundamente.

La idea de la fuga lo obsesionaba desde el día en que su madre lo trajera a esa casa, pero un sentimiento de hombría no lo dejaba cometer tal aventura.

—¡Hoy mismo! ¡Será hoy mismo! ¡No quiero estar un día más! —se dijo resuelto.

Al abrir la puerta del rancho, una brisa fría le golpeó la cara haciéndolo tiritar. Encendió fuego y preparó el mate. Quería pensar, escapar y volver a casa de su abuela Eustaquia: tal era la consigna.

—“Salir como todos los días: el reparto de diarios y después...”

Lo ocurrido esa noche lo colmó de rabia y sus ansias de evasión no tuvieron límites.

El calor del fuego lo recuperaba poco a poco. Cebó un mate y lo apretujó entre sus manos morenas, como si en ese impulso expresara su decisión irrevocable.

...Una tarde, mientras él correteaba por el potrero vecino a la casa de su abuela, llegó una mujer desconocida. Pidió hablar con doña Eustaquia y luego, las dos entraron en el rancho. Al poco rato la abuela lo llamó y, enfrentándolo a la mujer, le dijo: “Pillito, esta señora es tu “mama” y te viene a buscar. “Tenés” que acompañarla y vivirás en su casa...”

Después... poco o nada recordaba. Con los ojos empañados miró a su abuela, que le alcanzó un atado de ropas; luego el contacto húmedo de los labios sobre su frente... Todo rápido, preciso, casi sin comentarios.

Inútiles fueron las tentativas para consolarlo. Cuando lle-

Wilson Armas - LA FUGA

garon a lo de Mangacha, ésta lo acostó en una camita previamente dispuesta. Apenas si tomó un poco de leche.

Su flamante madre se sentó al borde de la cama, con cautela, mientras él gimoteaba sin consuelo. Había algo que explicar pero toda explicación era ociosa. Mangacha sentía una angustia indefinida, y la situación se hacía más insostenible, entre madre e hijo reacios, desconocidos.

Fue un raptó de furor contra los hermanos Lima, lo que la indujo a proceder en forma por demás irreflexiva. Ahora, frente al muchacho, aparecía culpable y comenzaba a arrepentirse. "Si hubiera pensado un par de días más..." Pero la ofensa recibida era profunda, terrible y, en cierta medida, su proceder tenía su faz justificable.

Desde que quedó embarazada ninguno de ellos apareció por el rancho. Fue preciso urdir una celada para que cayeran y se enteraran de la nueva.

Una noche llegaron y Mangacha los recibió con amabilidad pero fue derecho al grano. Ambos se miraron suspicazmente, y, como era de esperar, empezaron las evasivas.

—“¿Por qué no lo dijiste antes? —gruñó Miguel.

—“Te hubiéramos ayudado... continuó Pedro.

“Bueno... Los traje para que me den plata. Del aire no vamos a vivir —exigió la morena.

—“Por las malas, no. No seás engreída, che —retrucó sarcástico Miguel.

—“¿Y ésta con qué sale, ahora? —se despachó Pedro, ensayando ironía.

—“¿Se creerá que somos unos cristos? —replicó sonriente el otro.

—“¿Y Uds. piensan que yo me chupo el dedo? Si no hubieran notado que estaba preñada, hasta ahora andarían por acá. ¡Son muy ranas, Uds...!

—“Yo no pude, te dije —se disculpó Pedro bajando la guardia.— El golpe de estado me cambió la vida.

—“Y yo me fui al campo a trabajar. Vos bien lo supiste—.

“¡Está bien! —cortó la morena! ¡Váyanse los dos a la m...!
¡No los preciso!

“Me importa un pito que mi hijo tenga padre. ¡Mañana voy y le tiro el chiquilín en la jeta de tu madre! —gritó furiosa.— ¡Y vengan, después, a pedirme explicaciones!...”

Cuadernos de Mercedes

Y así lo hizo . . .

—“Ahora, lo hecho hecho está”— suspiró, aliviándose.

Pillín se había dormido apretando la cobija con sus dos manitas. Mangacha seguía recordando pasajes que aún estaban frescos. Ni ocho años transcurridos, ni toda una vida, es tiempo suficiente para hacerle olvidar esa ofensa.

Sin embargo, Mangacha y Pedro siguieron conviviendo. Mil razones tuvieron para odiarse y otras mil para tolerarse. Supo convencerlo de la paternidad, descartando a Miguel definitivamente. Vivieron tranquilos, como dos amantes sin apremios, puesto que Pillín crecía al cuidado de su abuela. Ya no pensaban en ese accidente. La paternidad de Pillín jamás se aclaró; y ahora no interesaba saber a cuál de los Lima pertenecía, certeramente.

Pasó algún tiempo, hasta que Mangacha se enteró de que su amigo se había casado con una parda y sobrevino el rompimiento definitivo. No pudo permanecer impasible y, sin más, con la misma impulsiva irreflexión de la vez anterior, le arrebató el chico a la vieja Eustaquia.

Esta es la historia cuyo epílogo estaba padeciendo.

Esa mañana, Pillín hizo el reparto como de costumbre. Después trepó a un ómnibus a vocear los últimos diarios y aprovechó para regresar a su parada. En menos de tres horas despachó casi treinta y, al llegar, volcó el dinero, sin contarlo, en el cajón del mostrador.

El gallego Manolo atendía las apuestas de quiniela sin prestar atención al muchacho. La demanda de juego se volvía cada vez más intensa. El apostante volcaba en la boleta sus esperanzas, riendo, tal vez, sus alegrías en ese sorteo que es para él, “aut auri, aut nihil”. (°)

El bullicio callejero se hacía insoportable. Pillín entraba en el paroxismo de su drama; el torbellino del pensamiento lo enloquecía. La vieja idea de evasión se había reforzado y, ahora, nada lo detendría. La condescendencia del gallego lo ponía en guardia al punto de hacerle pensar si todo eso obedecía a algún plan hábilmente disimulado entre aquel y su madre. En un momento de la discusión, cuando el visitante escupió los insultos más tremendos, el muchacho descubrió toda la trama.

—“Y si le dí trabajo al muchacho fue porque me lo pediste,

(°) O plata o nada.

Wilson Armas - LA FUGA

me lo suplicaste; porque se morían de hambre los dos —protestó el gallego.

—“¡Me lo echás en cara, roñoso! —contestó la morena.

—“Te hace falta una buena tunda por mentirosa. ¡Me has estado engañando, negra prostituta!

—“Mandate a mudar, ¡desgraciado! No me pisés más mi casa, ¡inmundo, sarnoso!”.

Y tras la injuria sé escuchó el portazo que sacudió el tabique de arpillera.

Desfilaron las horas sin conciliar el sueño y su cabeza comenzó a llenarse de pesadillas.

—¿A qué volver? —dijo. ¿No fue suficiente con lo de anoche? Encontraba absurda su permanencia ahí. Odiaba a su patrón. “Anoche lo hubiera matado; ahora no tenía sentido atacarlo...”

Y sin pensarlo más, abandonó el negocio.

Cruzó los campos del Prado y se tiró en un cantero de grama y trébol florecido, húmedo aún por las sombras de los eucaliptos. Extendido, boca arriba, con los brazos abiertos, miraba a las cotorras, que en loca algarabía, parlotaban estridentes ajenas a su drama. Sin querer, las envidiaba. También él necesitaba jugar, como los pájaros, como cualquier niño. Ahora evocaba sus primeros años con toda emoción. Lo acontecido la noche anterior le quemaba como un hierro candente y volvía a recorrer, del principio al fin, la cadena de sucesos.

De pronto se le ocurrió pensar: ¿“Por qué no tengo padre? Sí, ¿por qué?” Y esta incógnita, que lo mortificaba sin tener conciencia cabal del conflicto de su vida, fue el chispazo que puso en movimiento el complicado mecanismo de su afectividad. Ya no pudo detenerse. El hallazgo fue una tortura más que se sumó a las existentes. Era inconcebible “no conocer al padre”. Sin lugar a dudas en casa de su abuela encontraría la respuesta. ¿“Quién será, pues...”?

Llegó temprano y la esperó. Ella no tardaría. Todo estaba más o menos igual. Dos años pasan rápidamente; y, a veces, parecen una eternidad.

—“¿Cómo no vine a visitar a abuela?” —se preguntó. Tal vez no tuve tiempo o, simplemente, Mangacha no quiso traerme... ¡Vaya a saber!” No quería pensar en lo peor. “Y ella, ¿por qué no fue a visitarme?”. No se contestó. Prefería no seguir monologando. Era preciso ordenar las ideas. “Ahora hablaría con su abuela y le contaría todo, todo; y si ella le reprochaba su ausencia, le diría que por falta de tiempo...”

Cuadernos de Mercedes

Se sentó; tenía que pensar un poco más y, sobre todo, tratar de mostrarse valiente. Su pedido tendría que ser firme; y si su abuela lo rechazaba, él encontraría la forma de convencerla.

Alguien preguntó:

—¿Qué hacés acá?

Pillín no reconoció la voz. —Espero a “mama”— contestó sin mirar a su interlocutor.

—Bueno, entrá que está frío. La vieja va a demorar.

—Sí, ya sé. La espero...

—Hacé como quieras, entonces.— Pero Pillín no esperó más y entró. El frío, el hambre y el cansancio, terminaron por doblegar su altivez.

—Es “soberbio” el negrito— pensó Miguel, mientras Pillín, desde un rincón lo acechaba como un animalito asustado.

¿Qué grande te has venido!... ¿Qué te pasa que estás tan callado?.

—Espero a “mama”— volvió a repetir.

—Sí, ya sé que la esperarás. ¿Pero no podés decirme qué te pasa?

Pillín agachó la cabeza y no respondió.

—Bueno, si no querés hablar... Tomá un pedazo de pan —le dijo al rato.—

—¿No tenés hambre? ¿No querés tampoco? ¡Psh!...

Al fin, después de un titubeo, el muchacho tomó el pan con desgano; pero antes de llevárselo a la boca, largó el llanto.

—¿Y ahora?— sonrió Miguel sin agravar la cosa. Soslayaba el motivo y prefirió no interrumpirlo. —Te “peliastes” con tu madre, ¿no?

—¡No!

—¿Y entonces?

Pillín continuaba clavado en el banco, terco como una mula.

—Quiero hablar sólo con “mama”.

—Bueno, andate a la... , vociferó el otro; y salió.

Cuando Pillín levantó la cabeza y notó que Miguel no estaba en la pieza, se enjugó las lágrimas y quedó sentado en el mismo lugar. Las sombras habían entrado: sólo una llamita mortecina resplandecía en el fogón. ¿Quién era este hombre que había visto sólo una vez en su vida y ahora trataba de consolarlo? Sin duda era Miguel Lima, claro. Los ojos del negrito brillaron. Creyó haber encontrado lo que buscaba.

Wilson Armas - LA FUGA

Miguel Lima era uno de esos hombres que llegan a la madurez con la amarga sensación de no servir para nada. A los cuarenta años, estaba en el mismo punto de partida: sin trabajo, sin plata y sin ilusiones.

En cuclillas, recostado al rancho, continuaba chupando el mate con el cigarro consumiéndose entre los dedos —“Si yo supiera que es mío... Pero nunca me lo dijo esa “yegua”...— pensaba, mientras un vago sentimiento de revancha le hacía sonreír. Los diez años de ausencia deliberada, de destierro voluntario, con el secreto deseo de vengarse, no sirvieron de nada. —“Más me hubiera valido andar vagando por los boliches pescando “otarios”... También me hubiera aburrido y ya me habría pegado un tiro... o, ¿quién sabe?..”

La vieja Eustaquia llegó más tarde que de costumbre.

—¿Qué te pasa que está aquí afuera? —le preguntó al verlo acurrucado como un perro friolento.

—Ahí adentro la esperan —contestó, secamente el hijo.

La vieja se lanzó al interior. Pillín se había quedado dormido en su antiguo camastro que ahora ocupaba Miguel.

—¡Pillín, m'hijito! ¡Despiértese! ¿Qué hace aquí a estas horas?

—¡“Mama”!

—¡Pillito mío! —La vieja lo estrujó cariñosamente.— Vaya, váyase con su “mama”. ¿Porqué está aquí a estas horas?

—No, quiero quedarme con Vd.; para siempre, “mama”.

La abuela, saliendo de su tribulación, lo apartó para mirarlo serenamente: —No, mejor quédese con Mangacha. Ella es su madre— dijo, luego de un breve titubeo pero con acento resuelto.

—Déjelo, vieja: Yo me encargo. —intervino Miguel, que presentía ya la escena a desarrollarse.

—¡No te metás vos! —gruñó la madre— ¡No puede quedarse!

—No lo mande de vuelta —volvió a rogarle casi suplicando.

—¿Y ahora? ¿Venís vos cuando ya no hay remedio? ¿Qué bicho te ha picado?

—Antes no pude. Tenía trabajo en campaña, Vd. lo sabe. Ahora...

—¿Y qué pensás hacer? —cortó la vieja.

—No se preocupe. Es cuestión de arreglar este asunto enseguida.

—Ese asunto ya no tiene arreglo —dijo, como si escupiera

Cuadernos de Mercedes

algo desagradable.— No lo arreglaron Vds. cuando debieron hacerlo... ¿Qué me venís con ternuras, ahora?

—Le “garanto” que yo arreglo esto, vieja, ¡déjelo! —insistió Miguel.

—Te repito que no. ¿Quién me quita el disgusto que llevo adentro? ¿A ver?— y cortó bruscamente al notar la presencia tensa del chico.

—Vd. no está bien enterada de cómo fue la cosa —pretendió aclarar Miguel con ánimo de comenzar la explicación del suceso.— Ella...

—¡No me interesa saber nada! Vds., como hijos, me hubieran ahorrado esto... Pero se portaron como piratas— vociferó.

—¡No, yo no!... Bueno —dijo serenándose— no hablemos delante de él, ahora. Después le explicaré algo que Vd. no sabe.

Pillín, mientras tanto, permanecía atónito. No llegaba a comprender claramente ese diálogo confuso que sostenían ambos con tanta vehemencia. Observaba, como hipnotizado a ese hombre; y, a medida que discurría, más seguro quedaba del parentesco.

—El tiene razón, “mama”—terció Pillín.— Creyó influir en el ánimo de su abuela. —Puedo quedarme y trabajar... ¿eh?.

—¡Vd. se calla, mocoso! —cortó la vieja enérgicamente.

—No sea mala, no me mande otra vez con Mangacha —pidió tiernamente.— Ella no me quiere, “mama”; ¡le juro! Me quiere para trabajar, nada mas!

—Y bueno, ¿los hijos no ayudan a sus madres? ¿Qué hay de malo en eso?

—¡Pero no me quiere!

—¿Y cómo sabés que no te quiere?

—¡No, no puede quererlo! —terció Miguel atragantado. Por eso se lo trajo y lo abandonó como a un perrito y por eso también se lo llevó...

—¿Te querés callar, idiota? —rugió la vieja como un trueno y ambos quedaron como fulminados.

Pillín empezó a temblar como una hoja. Acababa de escuchar lo más terrible.

—Bueno, váyase a su casa— se apresuró a decirle la abuela. Es tarde. —Su madre lo estará esperando, pues,— y lo tomó suavemente.

—Ella no sabe que estoy acá— contestó con voz apagada, saliendo de su estupor.

Wilson Armas - LA FUGA

—¡Virgen bendita! ¿Por qué hiciste eso, muchacho? —Hácelo por el favor, Miguel, ¡lleváelo!— dijo acongojada.

—No vieja, yo no voy. No quiero volver a verla... Le aseguro que...

—Está bien, lo llevo yo— dijo, conteniéndose, y se colocó la pañoleta sobre los hombros.

—No, "mama", yo me voy solo. Me animo...

Sin pronunciar palabra, doña Eustaquia se hacía conducir por su nieto hacia el rancho de Mangacha. Caminaban a tuestas. No se veía un alma. Sólo alguna luz raquílica se filtraba por las rendijas de las casuchas.

—Es aquí, "mama" —dijo al llegar junto a una cerca de arbustos espinosos, desde la cual podía notarse la silueta de un rancho.— No tengo miedo. ¡Déjeme solo, nomás!

—Bueno, quédese. Hasta pronto, m'hijito... Hágame caso a su "mama"— y se desprendió bruscamente.

Dentro no se veía luz alguna. Contra el monte de eucaliptos del Prado, la luna se corrió entre celajes oscuros. Soplaban un pampero frío.

—¡Mangacha, Mangacha! llamó el muchacho inútilmente.

Su madre no había llegado aún. Ya estaba acostumbrado a pasar las noches solo; pero, de pronto, esta soledad lo venció y se tiró en el camastro a llorar.

El llanto del niño horadó el silencio como un rasguído. La vieja se acercó a la puerta resuelta a llevárselo. No podía abandonarlo. Algo más fuerte que su razonamiento le impulsaba a tomar una decisión distinta "¿Por qué dejarlo —se dijo— si ni siquiera está ella?"

—¿Dónde anda, m'hijito? Venga, venga con su abuela y vamos para casa —llamó, buscándolo en la oscuridad. Sus manos hurtaban a tuestas orientadas por el llanto del chico que no tenía consuelo.— No llore más... ¡Levántese! ¡Vaya, qué hombrecito, éste!

—¡No, déjeme! No quiero irme.

—¿Cómo! ¿Y ahora?... ¿Está enojado conmigo?

No, "mama". Yo sé que Ud. y Miguel me quieren mucho...

—¿Y entonces?

—Ahora nomás llega Mangacha. No quiero que la vea.

—Véngase conmigo por esta noche. No me contradiga —dijo enérgica. Mañana se vuelve, si quiere, ¿eh?— Y le obligó a incorporarse.

—Pero ¿y si ella...?— tartamudeó tímidamente.

Cuadernos de Mercedes

—No se preocupe, yo me encargo.

Se alejaron del rancho.

Doña Eustaquia recordaba, con indignación, el día en que Mangacha se lo arrancó de su casa argumentando un arrepentimiento inexistente. Miguel, enardecido esa tarde, le dijo algo que ella no se animaba a pensar: “Mangacha no quería a su hijo”. El desamparo, más que la pobreza en que vivían, le confirmaba su aserto. Ahora no accedería a las súplicas. “Me lo sacó por vengarse, la muy puta. . . , No, Pillín no puede quedarse solo”. Estaba dispuesta a pelear por su nieto.

—¿Está cansado, querido?— preguntó la vieja mientras desandaban el camino.

Pillín no contestó. Caminaba aferrado a ella. Esa noche dormiría acompañado, como antes.

Miguel, sin mirar a los recién llegados, sacó la olla del fuego y la colocó sobre la mesa.

—¡Vamos a comer, Pillín, que está calentita!

—Bueno, vamos. . . Le clavó una mirada profunda, filial.

Poemas para el hermano

I

Hermano:
La Vida tiene su medida.
Tu mendrugo de pan
tu pantalón lustroso.
Las uñas
y los cirios.
La copa está servida.
Una gota más,
para las sombras azules
con que te has pintado
las pupilas.
Cargas el hacha
y rumbo al monte espeso
de la noche,
eres una nueva cruz.
Una orgía de sueños
borra tu distancia.
Hay veces
que tu risa,
ríe
—ríe y llora—
lavando la ciénaga que se anuda
en tu garganta.
Hay veces,
que cuentas las monedas
en el bolsillo pringoso
que espera,

Cuadernos de Mercedes

la caricia blanda de tu mano
—la mano blanca
—la mano hueca
de huesos afilada.
Y sales a comprarte
la medida.

Pero el día amanece.
Te buscas una máscara
y te alargas por las calles
pasajeras de niños,
de viejos y de perros.
Te pintas de cera
la sorpresa,
y tu paso tiene
el oculto choque
del agua verde y negra
que se estanca.

Hermano:
En mi ventana,
Dios está cada mañana.
Hablamos largos ratos
entre las sábanas claras
de la aurora.
El,
me entrega el rizado canto
de los pájaros sueltos
y yo le peino
su larga barba blanca
con el sueño que escapa,
prisionero del viento
que lo mece entre las ramas.
Hermano:
todo tiene su medida
todo tiene su distancia.

Santana

Era el anochecer, y ya estaba Santana bailando y cantando frente al portón de la panadería entre los concurrentes de siempre, número acostumbrado para los dueños, para la clientela, para todo el vecindario. De vez en cuando pasaban autos y camiones que iban y venían por la calle e iluminaban con sus focos, como un relámpago, las jardineras ya desenganchadas del reparto, durmiéndose con las varas en alto, apuntando al cielo. Eran noches de olor a pan fresquito, a pan recién salido del horno, y en verano, noches de grillos, de bichitos de luz y de vecinos sentados a la puerta.

La oscuridad de la calle y el silencio, alrededor, acentuaban más ese foco como de luz ruidosa; gritos y jaranas parecían venir y desparramarse con el hombre aquel que estaba allí, piruetas en la vereda, como alejando calle arriba y calle abajo tristeza y sombras. En las noches lisas e iguales del barrio, Santana parecía que hacía correr el tiempo poniendo en ellas esas risas ajenas por obra y gracia de sus brazos, pies y vozarrón. Borrando cara y ropa, a veces el contra-luz marcaba sólo un contorno movedizo. Era entonces Santana un manchón oscuro que bailaba como un poseído, cantaba con delirio, ensimismado, o se interrumpía de repente para comer los bollos que Doña Rosa, la panadera, le daba como premio.

Poco o casi nada se sabía de Santana. Vivía solitario entre el laterío viejo del barrio bajo del Manguito; sin perro, sin mujer, sin ninguna compañía. “Pa chiflar fuerte cuando me enfermo, conmigo me basto y sobro”, decía. Y como nunca se enfermaba... El día se lo pasaba pidiendo o en cualquier “changuita”; de noche su acostumbrado número en la panadería, su cena de bollos frescos, y regresaba a su laterío. Además de los bollos, Doña Rosa le daba a veces algo para llevar, casi siempre pan que sobraba; era la yapa.

Avejuntado, alpargatas flecudas, melena y barba espesas, Santana poco hablaba de sus cosas. Tampoco a nadie se le ocurría preguntarle mucho; bastaba con que divirtiera a los demás. Y todos sabían

Cuadernos de Mercedes

cuándo Santana estaba en vena para hacer reír más que de costumbre:

—A ver, a ver, Santana, ¿qué nos vas a cantar hoy?

—“La cucaracha, la cucaracha,
ya no puede caminar,
porque no tiene,
porque le falta...”

—Sí, bueno, pero ésa ya la cantaste anoche. ¿Y cuál otra más sabés?

—Ah... sí... sé esta otra: “La cucaracha, la cucaracha,
ya no puede caminar...”

Cuando Santana estaba “con pasta” de alboroto, subían altas las risotadas por el silencio de la calle, y los gritos de los chiquilines del barrio, enloquecidos de alegría, parecían querer tocar las estrellas en la noche.

Una vez lo vieron trayendo una cotorra. Dejó la jaula a un costado del portón, sin decir nada, dispuesto a animar la reunión como si tal cosa.

—¿Cómo es eso, Santana? ¿Te cansaste de estar solo?

—Avisé, pues... El buey solo, bien se lame. Me embromaron fiero, nomás.

Lo decía serio, serio y como enojado. Y seguía, como hablando para sí:

—Bueno, eso me pasa por entremetido.

Claro; nadie le había mandado condolerse de la cotorra. Esa tarde, una changuita... una mudanza... al bicho que no lo querían en la casa nueva porque no tenía fondo... En fin...

—Y... claro... todo se fue enrabando. Quién me mete, ¿no?

El animal, puro pico, lo miraba. Y Santana:

—¿Qué mirás, desgraciado?

Pero enseguida, rascándose la cabeza y como pensando alto:

—Bueno, ¡pa lo que soy yo!...

Esa noche Santana llevó un poco de leche en un frasquito.

Y sin que nadie le preguntara nada:

—Claro, la porquería ésa no va a tomar mate, ¿no?

A la noche siguiente, todos a preguntarle por la cotorra. Ya le había puesto nombre: Briseida.

—¿Có... cooomo?

Si, Briseida; el nombre de un hada buena de un cuento oído en su niñez, contado ya ni se acordaba por quién.

Ana V. Mondada - SANTANA

—Y... lo que son las cosas, ¿sabe? —explicaba—, el nombre ése siempre se me quedó grabado.

Esa noche, además de hacer reír a los otros, hasta el mismo Santana parecía contento; y se fue más temprano que de costumbre.

—¿Será porque te espera el bicho, Santana?

—Segurò... Briseida.

Lo decía ahora con ternura, como si nombrara una mujer, como si desde mucho tiempo esperara a alguien a quien proteger, nada menos que él, Santana, que siempre había querido estar solo y ni una compañía había tenido nunca. Pero algo distinto le había pasado con el animalito aquél. Ahora tenía alguien que lo estaría esperando, alguien en quien pensar. Hasta su manera de ser cambió; volvióse más hablador. Ahora, entre canto y baile o entre bocado y bocado de sus bollos, todas las peripecias y habilidades de Briseida salían a luz. A veces alguien se aventuraba demasiado:

—¡Dejesé, pues! Que ni macho parece contando las porquerías del bicharraco ése!

Santana se ofendía entonces y daba por terminados canto y baile. Silencio total; finalmente se iba. Pero antes no olvidaba pedir que le pusieran los dos dedos de leche en el frasquito que ahora traía siempre bajo el brazo.

A la noche siguiente aparecía de nuevo, aparecía como ajeno a todo y olvidado por completo de lo que había pasado. Y de nuevo piruetas, vozarrón y cuentos; cuentos de Briseida, por supuesto. Si alguien le seguía la corriente, Santana se sentía como arrobado por el interés y la delicia —real o simulada— del otro. Se explayaba entonces, se desparramaba todo en detalles y explicaciones. Briseida por aquí, Briseida por allá. Su voz ronca adquiría una ternura inusitada; de todos sus gestos salía una como delicadeza que antes nadie sospechaba. Santana, sucio, barba negra y ropa agujereada, se iba agrandando y brillando entonces, conversación y noche adentro, encendiéndose y apagándose, como los bichitos de luz, según hablara o no de Briseida.

—¿Y... patrona? ¿Me va a dar lo de siempre pa la compañía?

Noche a noche, grave, seriamente ponía el frasquito sobre el mostrador; era la despedida. Ya no podía pensarse en Santana desligado de aquella preocupación que lo absorbía.

Pasado un tiempo ya no necesitó jaula la cotorra; ahora el hombro de Santana era su lugar habitual. En la panadería, con gran

Cuadernos de Mercedes

espectación se habían seguido los altibajos del adiestramiento. Bien agarrada, dando aletazos para no caerse, el animal hacía equilibrios cuando su dueño se entusiasmaba demasiado en el bailoteo.

Pero nunca imaginó Santana que esta libertad le costaría la vida al bicho. Fue una tarde de tantas, en un trabajo de acarrear escombros en que él se comidió a “dar una manito”; y la cotorra andaba en el suelo, “bobiando”. Un ladrillo que de repente se vino abajo de lo alto de la pila la aplastó.

Santana faltó esa noche a la panadería; se hicieron lentas las horas. A la siguiente volvió, pero un poco como cansado para moverse como antes; y menos conversador también. Se alejaba ojos adentro o puerta afuera en los silencios pesados que se hacían ahora entre una y otra cantarola; faltando el tema de Briseida era como si ya de nada pudiera hablarse. Estas noches con ruidos —también las de antes eran ruidosas pero distintas— sonaban ahora como la panza vacía de un tambor.

Andaban mal los negocios para Doña Rosa y el marido. Las cosas se habían sabido por el gordo Maneiro, el de los hornos. Mala administración; mucha venta, mucha entrada, pero muchos gastos también, y, más que nada, un hijo atorrante y vividor que poco a poco se iba “comiendo” todo lo de los viejos.

Mermaron el reparto, las jardineras, los empleados. No se vió más al rengo Mingo, bolsa al hombro, entrando harina; ni a Vargas, que amasaba. Solamente había quedado Doña Rosa al mostrador y, noche a noche, la figura infaltable de Santana, única cosa que aún permanecía entre tantos cambios como el barrio había tenido. Todo ahora era distinto; como si Briseida y los carros y el rengo, al irse, le hubiesen robado el carozo a esas noches altas con olor a pan fresquito.

Un lunes no abrieron más; fue mañana de portón cerrado y persianas bajas. La única jardinera, varas hacia arriba, dormía para siempre.

Esa noche hubo completo silencio. Ya nada ni nadie que alejara calle arriba y calle abajo tristeza y sombras.

De vez en cuando, frente a la panadería cerrada, sentado en el cordón de la vereda, veíase a Santana. Santana, solo, unas veces callado o entonando muy bajo con su vozarrón de antaño:

“La cucaracha, la cucaracha,
ya no puede caminar...”

Ana V. Mondada - SANTANA

Cantaba Santana como necesitando atestiguar de que alguna vez habían pasado todas esas cosas, como necesitando de esa certeza para seguir viviendo, o para morir tranquilo.

Cuando empezaron los primeros fríos escasearon las visitas solitarias de Santana. Hasta que una noche, luego de haberlo sentido toser mucho y cantar menos, nunca más se le volvió a ver por allí. Unos suponían que estaba enfermo, otro lo había visto en el hospital, otro lo daba ya por muerto; lo cierto era que su refugio de latas viejas en el barrio bajo del Manguito ahora estaba vacío. Luego, nadie se preocupó más por saber de él.

Al vecindario de la antigua panadería algunas veces la ilusión les hizo escuchar de nuevo la voz enronquecida de Santana. Corriendo salían entonces a la puerta para tratar de verlo; pero la calle, solitaria, seguía silenciosa y en tinieblas. Era como si la noche se los hubiera tragado a él y a su canto como un pozo.

Después

La nave recorría la tierra, y la encontraban vacía
seres desconocidos que veían la tierra
en una nave azul y plateada lejos de las ciudades y los teatros y óperas
en los campos desnudos por guerras pasadas.
No había música ni flautas, ni siquiera violines
en esta desconocida tierra inhumana.

Pero había cadáveres en ciudades desiertas,
conocidos cadáveres sin rostro, con brazos torcidos y ojos desorbitados
viejos cadáveres compungidos y solos, tan solos y abandonados que las
[paredes

podían sentir pena
aunque ya no había adioses para ellos
ni lágrimas humanas que los lloraran.

La vida alcanzaba otros renglones
podían decir viejos con nuevos sombreros de copa en incómodas
[reuniones sociales

pero ellos no estaban más en la tierra desierta.

Tal vez en una desolada calle destruída
quede sonando un gramófono
un disco girando, sonando para nadie
porque tal vez ellos no oigan, ni vean ni hablen,
(¿por qué tendrían que hablar?)

un disco girando o dolci mani wir des auge ungedrent
nadie lo detendrá tal vez quede sonando aún en una recóndita y
[destruída calle.

Pero entonces nadie sentirá nuestro adiós sin retorno
como no sintieron los extraños gemidos de muerte de antiguos hermanos
bajo árboles mutilados por las pasadas guerras
volcados en el suelo revueltos entre cenizas

Sonia J. Cervetti - DESPUES

sin colores con hojas o sin hojas perdidos sin padres ni hijos
árboles desnudos y muertos árboles de pasadas guerras.

Arboles que cantaron un tiempo con pájaros
tendido el vuelo arrancadas sus plumas vueltos otra vez a la que
[abruma y sepulta.

Arboles sin otros nombres ni álamos ni pinos ni sombra que de ellos
[quede

sombras que esperan morir de nuevo.

Que esperan otro pasaje semejante otro cambio sin nombre como antes
revueltos de cenizas y de sangre
cubiertos de carne blanda, dura o rojiza,
alcanzaron felicidad.

Bajo árboles insepultos aún viviendo por misericordia de dios.
un velado velatorio nunca concluído bajo otros árboles
jóvenes, árboles verdes y rosados o blancos de flores,
bajo algún cielo azul sin nubes bajo el cielo
pasadas guerras no alcanzaron a sepultar lo imposible vivido sin brazos.

Florencio Sánchez en Mercedes

(continuamos transcribiendo el artículo aparecido el 21 de junio de 1897)

“La Falcini desapareció. Lo que hizo desde entonces hasta hoy, no lo sé ni quiero saberlo. Sólo puedo decirte que se presentó en Mercedes con Barone, artista que fue de la compañía Cavalli, Lucchesi un señor que me dice que ha sido periodista de la oposición en tiempos de Latorre, la Brambilla y la Mancini antiguas relaciones tuyas de la Stela d'Italia y una punta de artistas más, cuyos nombres supongo que no te interesarán. Se estrenaron con *Il marito in campagna* en la segunda dieron *Quattro donne in una casa* y anoche *La dama de las Camelias*. Si te dijera que me había sorprendido mentiría porque sospechaba que la Falcini haría una buena Margarita, pero te aseguro que me quedé pasmado, turulato, confundido, al ver que lo que yo adivinaba pasable, iba resultando una cosa realmente estupenda.

Te aseguro que he visto por ahí muchas Margaritas celebradas, de manera que forzosamente debo tener un poquito desarrollado el gusto artístico para poder apreciar con buen criterio las interpretaciones que se hagan de la bellísima creación de Dumas. Pues todo elogio que pueda hacerle es poco para lo que merece esta artista. La puedo llamar así, en mi criterio de Mochito que no es del todo desatinado porque se le ha pegado mucho del concienzudo de su amigo Suplente.

Si tú la hubieras visto en la patética escena del sacrificio de su amor, en el final del cuarto acto! . . . Si la hubieras visto morir! que articulazo le habrías escrito!

Mandame un poquito, aunque mas no sea de tu talento, de tus conocimientos profundos, de tu retórica fluída, para poder decirle a la Falcini todo lo que se me ocurre y que no puedo escribir por que no sé hilvanar frases.

Podrías escribirme en una crónica todo lo que posiblemente te haría sentir la interpretación mas magistral de la Margarita Gautier, sin temor de caer en el ridículo de una exageración descomedida. No te rías de mis entusiasmos pues te aseguro que son fundados y que lo

Washington Lockhart - FLORENCIO SANCHEZ EN MERCEDES

mismo que yo, lo siente este público inteligente.

Y si quieres remitirte a la prueba como eres muy aficionado a las excursiones, nada te costará invitar a Tax, a Arturo, a Enrique, a Pepe y a Monolito, embarcarte con ellos, y aparecerte una buena mañana por aquí. Estará a tu disposición y a la de ellos e palco, las columnas de "El Teléfono", y hasta los aplausos de sus lectores.

Affmo.

MOCHITO".

Tal el arranque entusiasta con que Florencio se dirigía al celeberrimo Blixen que, con su seudónimo de "Suplente", sentaba cátedra de crítico teatral en la prensa montevideana.

Pero ese entusiasmo no se contagió por cierto al público mercedario, pues el desalentado cronista de "El Teléfono" escribía el 25 de junio la siguiente versión de su propio fracaso:

"Los dedos de una mano alcanzarían y talvez sobrara alguno, para contar las personas que asistieron el jueves al Pooliteama. Ave María! —En los muchos años que hace que asistimos al teatro no habíamos presenciado un espectáculo igual, y solo recordamos haber oído la referencia del caso ocurrido a una compañía francesa de opereta que se vio obligada a suspender la representación, porque a las 9 de la noche no había vendido mas que una luneta de cazuela. — La impresión de tristeza que recibimos el jueves, fué tan grande como la desolación y el desgano que se notaba en la cara de los pobres artistas.

—Póngale una punta de cosas a ese público, Sr. Cronista!— parecían decirnos los ojos de los infelices.

Y la verdad es que se las tendría muy merecidas, por que es injusto y cruel.

La compañía es muy completa y por mas que sea cierto que con la ida de la Sta. Falcini ha perdido mucho, sobran elementos buenos, como Barone, la Brambilla, la Mancini, los De Cenzo, Bernasconi, etc. El repertorio no puede ser mas variado y escogido.

Anoche se estrenó *Il Bastardo* una obra muy bonita con escenas de gran intensidad dramática se dió además una opereta en dos actos *La Stela de Posilippo*, que hizo reventar de risa a los cuatro espectadores.

Anoche fue *Il Birichino di Parigi*, hoy sube a la escena *I due sargenti* y mañana el drama de aparato *Cristóbal Colón*.

Señores del público, en nombre del arte y del buen gusto: concurren Vds. al teatro!".

Cuadernos de Mercedes

En ese mismo ejemplar, una breve nota lleva el sello inconfundible del futuro autor de "Barranca Abajo":

"San Juan, lloviendo! !debe andar de capa caída la influencia del apreciado santo allá por las altas regiones, cuando no ha podido evitar las lluvias de estos días que tanto desprestigia su buena y justa fama de benévolo contemporizador, o atenuador de las inclemencias del invierno.

Pas de veranito, este año! Lluvia, humedad, truenos, rayos y centellas para fastidio de todos los Juanes, es lo que tenemos. Rene-gamos del santo pero nos prosternamos ante San Pedro, en nombre de muchas comadres y compadres, pidiéndole, sol, mucho sol y ambiente tibio, para alegría de las flores, para esparcimiento de nuestros espíritus que están amohosándose con esta atmósfera húmeda y pegajosa."

Tres días después, alborozado, Florencio da cuenta de la recuperación del público. Lamentablemente, esta vez fue la obra la que defraudó su afición por el teatro.

"POLITEAMA COLON

Mucha gente. La reacción del público significa que nuestra propaganda y la de los apreciables colegas locales no ha caído en el vacío. ¡Bien por el público y modestia aparte, por nosotros, pinches de cronistas, que hemos conseguido un señalado triunfo que esperamos ver definitivamente consagrado en las representaciones sucesivas.

Lo único malo de la noche fué la obra elegida. No se puede pedir espectáculo más aplastador y soporífero que el drama con que Giacommetti, sin necesidad, porque dispone de recursos de buena ley para hacer obras interesantes y llamativas, ha querido explotar las debilidades de los públicos gruesos, que se entusiasman con las declamaciones altisonantes y las patéticas tiradas de las personalidades históricas que le son simpáticas. El Cristóbal Colón, maula, llorón y compungido que nos presenta, en su perra vida habría descubierto nada. Como él, son todos los personajes.

El público se fastidió sobre manera y habría roncado a piera suelta, si no hubiera atenuado su mal efecto, la buena interpretación que hizo el actor Barone, arrancando nutridos aplausos en diversos pasajes de la obra. La Sra. Luchese nos presentó una buena Reina Isabel, De Cenzo, Angelini, Ubertone y los demás hicieron lo que les fué posible dentro de la insignificancia de sus respectivos papeles.

Los dúos y romanzas del acto de concierto fueron aplaudi-

Washington Lockhart - FLORENCIO SANCHEZ EN MERCEDES

dos con entusiasmo, hasta obtener el bis. De Cenzo, cantó admirablemente una bonita canzoneta napolitana.

Hoy se dá I due sargenti, un drama de corte antiguo, muy conmovedor. Concluirá el espectáculo con el precioso vaudeville "El estudiante de Córdoba".

Creemos excusado, recomendar la asistencia."

Artículo muy elocuente y que refleja el espíritu observador de ese Florencio que gustaba recorrer las calles y registrar costumbres y expresiones populares, es el que aparece inserto en "El Telégrafo" de ese mismo día.

"CALLEJEOS Y DIVAGACIONES

Confesaré con toda franqueza que una de las cosas, talvez la única, que me impresionó desagradablemente a mi llegada a Mercedes, fué la cantidad inmensa de mendigos que vi pululando por las calles. Caramba que es feo eso de toparse a cada vuelta de esquina, con un bulto informe, montón de harapos tan sucios como las carnes que encubren, que sin darle tiempo a reponerse de la náusea, le dispara un ¡me dá una limosnita, por el amor de Dios! con voz la mayor parte de las veces mas aguardentosa que dolorida; —o que se le presente a la vista, un muñón de miembro amputado, o las asquerosidades de un cáncer, con la estudiada intención de agujinear los sentimientos humanitarios!

No disculpamos nunca la mendicidad en esas condiciones. Nuestra sociedad, es, caritativa por excelencia y en este país nadie se ha muerto de hambre. Los que piden a nombre de sus mutilaciones repelentes lo hacen por vicio, pues deben tener hermanos, o padres o alguien que los mantenga si están inutilizados para el trabajo; —o por negocio, provechoso para esas mismas personas que lo explotan.

Hemos conocido un caso que da la idea mas completa del grado de perversión moral a que han alcanzado ciertas gentes. El de un sujeto que alquilaba su hijo ciego por veinte pesos mensuales, a un vecino que lo sacaba a pedir limosna, realizando un negocio de pingües utilidades. Como ese caso hay muchos, aunque más abundan aquellos en que se comercia sin intervención de tercero, por cuenta propia.

Mercedes se hace insoportable los sábados, mostrando sus miserias y podredumbres, en la forma repugnante de los cientos de

Cuadernos de Mercedes

pordioseros, que se encuentran en los zaguanes, en los cafés, en los almacenes y donde quiera que vaya uno. Cada casa precisa en esos días un sirviente para atender, pues el desfile es interminable. Pasan ciegos, entonando la eterna cantinela ¡una limosnita para este pobre ciego! mancos, rengos, paralíticos, ancianas encorvadas, bajo el peso de la bolsa llena de pan duro, velas, trapos viejos; mujeres jóvenes, con dos o tres criaturas descarnadas, amarillas, ojerosas, mostrando en sus semblantes las huellas repulsivas heredadas de los vicios de la madre; muchachitas de ocho o diez años, deslavadas e hipócritas, que han aprendido a poner cara de sufrimiento y cuentan toda una historia conmovedora de las desgracias de su familia con la misma facilidad con que le roban el felpudo del zaguán o le lanzan una frase procaz que hará ruborizar al menos pulcro, revelando sus depravadas precocidades; paisanos fornidos, con robusteces que claman por una pala o un azadón, disimulan la mendicidad, ofreciendo por unos cuantos reales, las guascas que han trenzado en una semana o dos de haraganería, mientras chupaban mate sentados en la puerta del rancho, al calor del solcito y al lado de la china mas indolente todavía que él; los atorrantes que no lo son mas que los otros, aunque aquellos no lleven el calificativo; los borrachos de profesión que piden un vintén para la copa... ¡Nuestras llagas sociales, palpitando! Envilecimiento y perversión moral más que verdadero pauperismo!

Tengo entendido que el Jefe Político Sr. Cuñarro se ha preocupado del asunto, ordenando que se apliquen estrictamente los artículos de la guía policial referentes a la mendicidad. Aplaudiré sin reservas, toda medida que tienda a concluir con esos espectáculos bochornosos, indignos de la cultura social de Mercedes.

¿Han visto ustedes, los uniformes que desde ayer luce flamantes, nuestra policía? —Qué les han parecido?— Mamarrachos, no?— La verdad, es que desde que el Sr. Cuesta nos gobierna, la estético no se consulta mucho en los asuntos que la puedan afectar mas o menos directamente.

Los G. G. C. C. andan anonadados con los vestuarios nuevos, ocultando los rostros detrás de las viseras de sus amplísimos morriones. ¿Y que van a hacer los pobres? Reclamar no es posible. Yo que estoy en distintas condiciones, que puedo votar, que no tengo contrata, que no corro peligro de una tipeada, me resigno a callar aceptando lo consumado. De todos modos ¿que se gana con protestar?

No mandará el gobierno, de seguro, otro ropage, que el plan

Washington Lockhart - FLORENCIO SANCHEZ EN MERCEDES

es economizar, ni podrá devolver al noble Portería sus trabajos, por que están hechos por modelos que él dió; así es que la mejor solución será someterse y reverenciar el dominio de lo feo. Algún día han de salir del Ministerio el Sr. Mac-Eachen y el Sr. Ferrando, que viven con el gusto atrasado y entonces...

Los miembros de la municipalidad podrían dejar en paz por un ratito aunque mas no fuera, los árboles de la plaza Independencia y darse una recorrida por nuestras principales calles. Así se darían cuenta de que el pavimento se está poniendo en un estado deplorable, desperejo y lleno de hundimientos y baches que con estos días de lluvia se han convertido en pantanos casi intransitables.

Un poco de buena voluntad, unos cuantos peones, y dos o tres carradas de tierra o balastro y estaría todo arreglado.

Les aseguro señores ediles, que el público ganaría mas y lo agradecería mas también, que todos esos retoques que están Vds. haciendo en la plaza. — TRANSITO”.

En unas “Notas sociales” insertas en ese misma fecha, encontramos algunas en las que creemos advertir la mano de nuestro dramaturgo. Dicen así:

“—¿Qué escritor prefieres?

—Balzac, Flaubert, Galdós... Me revienta Pierre Loti.

—¿Qué pueblo extranjero te resulta más simpático?

—El que inventó a Fausto.”

Expresión, la primera, de su adhesión al realismo y de su repudio al fácil exotismo de Loti; inesperada, la segunda, salvo como revelación de su pasmo ante una obra culminante de la literatura teatral.

En “El Teléfono” del 30 de junio vuelve a manifestarse el espíritu de Sánchez con su inconfundible perfil. La carta, evidentemente, ha salido de su pluma; su tema y su estilo no dejan dudas al respecto. Magín Rivas, citado aquí, era el dueño de la Cigarrería “El Toro”, instalada en la cuadra de la Iglesia, lugar de reunión y de palique que congregaba crecida cantidad de parroquianos.

“CALLEJEOS Y DIVAGACIONES

Tránsito, da cabida en su sección a la siguiente carta decla-

Cuadernos de Mercedes

rando que está completamente de acuerdo con todo lo que en ella se afirma. Tampoco él ha recibido invitación para el plebiscito municipal por cuya circunstancia se adhiere resueltamente a la protesta de Un vecino de la calle Sarandí.

Dice así la carta:

Señar Redactor de "Callejeos y divagaciones".

Permítame que al mismo tiempo que lo felicite por sus oportunos y acertados comentarios sobre la mendicidad en Mercedes, exprese observaciones que me ha sugerido la lectura de una cariñosa noticia aparecida en la prensa de esta ciudad y que ha debido darle a Vd. tema para llenar la interesante sección a su cargo.

Se trata de la invitación pasada por nuestra Corporación Municipal á los vecinos de la Plaza Independencia, para que asistan á una reunión en la cual deben quedar dilucidados los arreglos que se llevarán á cabo en aquel paseo público.

Acertadísimo criterio, el de los señores municipales.

La plaza pertenece exclusivamente á los que viven en sus inmediaciones,— y ellos son los únicos que tienen derecho para opinar cuales son los arreglos mejores, los árboles que mas convienen, las plantas que le darán mas buena vista;—ellos son los únicos que tienen buen gusto, los botánicos y los paisajistas mas experimentados!

Y nosotros, nada! Pobres vecinos de los suburbios, democráticos habitantes de las casas sin revocar, de las calles sin pavimento; con que derecho vamos á codear nuestras opiniones con las de don Majín Rivas, pongo por caso, ó de cualquiera de esos privilegiados moradores del aristocrático barrio, del Faubourg de Saint Germain, de Mercedes? Conformémonos con que algún día nos citen los miembros de la Comisión Extraordinaria para consultarnos si se deben cortar ó no los pastos y yuyos que tapizan nuestras veredas ó sobre la conveniencia de rellenar los zanjones y pozos que adornan las calles de nuestros barrios;—que para más no tenemos derecho.

¿O somos nosotros algo mas que unos pobres guisos?

Dentro de poco cuando los vecinos de la plaza resuelvan— que lo han de resolver por que cuadra mejor a sus gustos refinados,— cuando resuelvan sustituir los tradicionales paraísos por plátanos aseados y elegantes, cuando conviertan en delicioso parque, el que hasta ahora ha sido nuestro humilde paseo, allá iremos, á asombrarnos, á contemplar desde lejos patidifusos y boquiabiertos, con verdadera ad-

Washington Lockhart - FLORENCIO SANCHEZ EN MERCEDES

miración burguesa, la obra estupenda del espíritu aristocrático de los señores de Mercedes.

Y digo que desde lejos, porque supongo que estará justamente vedados a nuestras humildes personas, perturbar la tranquilidad de los copetudos señores que irán al futuro parque á matar el spleen solazando sus espíritus con los efluvios purísimos y perfumados de aquel ambiente paradisiaco.

Saluda al Sr. Redactor.

Un vecino de calle Sarandí.”



El autor de estos poemas es una persona madura ya, sensible pero de muy escasa instrucción. La razón que nos anima para su inserción en estas páginas es la de presentarlo como ejemplo entusiasta de esfuerzo y tesón.

Casa paterna

En el patio grande de mi casa vieja,
he vuelto a asomarme a su antigua verja;
me senté en la hamaca como en otras siestas
aspiré el perfume de las rosas muertas.

Vi el zaguán antiguo con enredaderas,
del parral las viñas contemplé ya secas,
me asomé a la pieza donde yo naciera,
muda y despintada vi la pajarera.

Contemplé a mi madre vestida de fiesta,
vi las invitadas, me arrimé a Enriqueta;
el altar, las flores, las luces, la orquesta,
vi el traje de novia que lucía coqueta.

Sentí que en la cara dos lágrimas frías,
sus huellas dejaban de melancolía;
tomé mi pañuelo, sequé aquel rocío,
mis manos temblaban, el alma vivía.

A. CH. Aldighieri - CASA PATERNA

Todo era tan fresco . . . si hasta parecía
que venía Enriqueta, que estaba conmigo,
de la pajarera sentí la armonía
de los trinos suaves que sintiera un día.

Me alejé cargado de sueños, y andando
la vida su peso descargó en mis años;
el Señor la vida le tronchó a mi amada
me quebró las alas, me robó el encanto.

Cuando el sol cansado ya apagaba el día,
de mi casa vieja me marché llorando,
de mi casa vieja que hoy está vacía,
y tantos recuerdos deambulan penando.

A mi barrio del pasado

Barrio de tango y cantares,
el de las casas bonitas;
el de las rejas bordadas
con tulipán y malvones,
que encarcelaron los sueños
de muchachas quinceañeras
que despertaron troveros
con serenatas nocheras.
Vuelvo a tus brazos de nuevo,
para esperar el final;
pero ya no sos el mismo
nada te queda de ayer:
ya no se ven por las tardes
las muchachitas coquetas
que engalanaban oñora
con su silueta el zaguán.

Cuadernos de Mercedes

Ya no se cuele de noche
la luna por el parral,
donde bailaban parejas
en el patio familiar;
ni se asoman las glicinas
al paredón a soñar;
rompió el progreso el ensueño
del estilo colonial.

Hoy tenés veredas nuevas
tus calles son de hormigón:
casas de blancas fachadas
te dan un lustre especial;
me enamora tu silueta
conque te conozco ahora,
pero añoro la dulzura
de mis tiempos de zorzal.

Lo que un estudiante espera de la poesía

Durante mucho tiempo se ha pedido a la poesía que encante. Aún hoy se le pide hechizo: desde la Pléyade hasta el Simbolismo, de las baladas medievales a los romances de Apollinaire y de Carco, y hasta ciertas canciones modernas, pasando por los todo-poderosos sacerdotes del templo como Hugo, Lamartine o Vigny, los príncipes delicados como Verlaine o desdeñoso como Mallarmé, toda una serie de escuelas, toda una línea de poetas, toda una “tradicición” poética, en una palabra, están presentes para autorizar y justificar tal postura. No faltará sin duda quien se asombre y hasta se indigne de verme poner en un mismo plano personalidades y obras de valores tan diversos. Pero no llamarse a engaño: Georges Brassens no es por cierto Víctor Hugo y “Tristesse d’Olimpio” es sin duda superior a una fácil queja de Laforgue. La diferencia que existe entre ellos y entre sus obras es simplemente de matices, no de naturaleza. Pero sea como sea nos sentimos cómodos con estos poetas. Los sentimientos que manejan son los comunes y eternos. El amor, la alegría, la tristeza, la soledad, la angustia ante el tiempo que huye, ante la muerte, se encuentran igualmente en la más modestas rondas de un Charles d’ Orleans, en los sonetos de un Ronsard, en la penetrante banalidad del Pont Mirabeau o en las grandes expansiones líricas de un Lamartine. Allí están, allí las encontramos y nos identificamos con ellas con confianza y respeto iguales a los otorgados a ciertas reglas y a ciertos ordenamientos del mundo. Puesto que lo esencial, en efecto —o al menos lo que puede parecernos tal— esta poesía no lo pone jamás en duda. En esto radica su encanto; de aquí surgen, también, sus límites. Si nos atenemos a la definición de Peguy: el metafísico es “aquel que remonta sin cesar la corriente del conocimiento”, esta poesía no tiene nada de metafísica. Sus “revoluciones” tienen justamente de agradable el que provoquen la ilusión de un cataclismo completo dando al mismo tiempo la seguridad de que, en el fondo, lo importante siempre se conserva. Nos gusta conovernos, por ejemplo, con los disloques rítmicos de un Hugo porque, lejos de comprometer la existencia de una ex-

Cuadernos de Mercedes

presión poética reconocida, la autentizan en la medida en que, al desmontar su mecanismo, muestran y demuestran sus maravillosas posibilidades. Nos damos el lujo de temblar ante las audaces rimas de un Verlaine, o los sutiles destilados verbales de un Mallarmé: pero sabiendo que Verlaine no franqueará jamás el foso que separa su universo del de Rimbaud (allí donde, justamente, temblar ya no es un lujo), y que Mallarmé, si atropella un poco el orden de las palabras, no alterará jamás el del mundo.

Poesía. Poesía de artistas... siendo el artista, por definición, aquel ser particularmente sensible cuya tarea es expresar lo que cada uno de nosotros siente en mayor o menor grado dentro de sí, sin alcanzar a darle la forma reveladora.

Poesía de orden psicológico, diría yo, que sabe acunarnos con su música, conmovernos y halagarnos invocando sentimientos que nos es fácil reconocer como nuestros, aunque nos rebelemos:

“Hypocrite lecteur, mon semblable, mon frère...”,

acariciarnos con sus imágenes, intrigarnos con sus símbolos y que, en una palabra, se nos aparece como la fuente misteriosa de emociones privilegiadas.

Pero hoy su naturaleza no concuerda ya con el diapasón de nuestro tiempo, así como sus preocupaciones no responden a los problemas que se nos plantean y se nos imponen.

En una época profundamente trastornada, que ha tirado por la borda los principios que se creía más firmes, los valores que nos complacíamos en imaginar más seguros, buscamos en la poesía algo más que un simple modelado artístico: una operación vital que comprometa al poeta en su totalidad y lo conduzca tras el “hay que cambiar la vida” rimbaudiano, a buscar su justificación y su destino “**más allá de su arte**” en una verdadera metamorfosis de la condición metafísica e histórica del hombre. Cualquiera que sea efectivamente, la grandeza de un Mallarmé forjando, en el orgulloso silencio de su habitación con las cortinas corridas “abolidos bibelots de inanidad sonora”, la imagen que nos presenta es la de un poeta y de una poesía con los que no podemos sentirnos directamente vinculados, ni comprometidos.

Lo que queremos **esencialmente** no es sentirnos halagados, fortalecidos y adormecidos en aquello que tenemos más o menos conciencia de ser y de conocer, sino por el contrario, descubrir ciertas

Jean Bessalel

realidades que ignoramos y que, una vez entrevistadas, no pueden dejarnos incambiados.

Qué paradoja: lo que pedimos a la poesía es lo que exigimos de la filosofía o de la ciencia: esa "verdad práctica" que ya Lautréamont le asignaba como finalidad, es decir que configure para nosotros ante todo un medio de conocimiento y de posesión. Nerval, al arrastrarnos más allá de "las puertas de marfil y asta que nos separan del mundo invisible", nos hace descubrir una "Vita Nuova" que terminará para él, una fría mañana de enero, en la "blanca negrura" de la noche. Baudelaire, al margen del esteta y del artista que Rimbaud le reprochará haber sido, se lanza "al fondo de lo desconocido para encontrar lo nuevo" y nos revela el sentido de las correspondencias. Rimbaud "escribe silencios, noches, anota lo inefable, fija vértigos" y, en el colmo de la videncia, nos profetiza un "tiempo de asesinos" que es el nuestro. Los surrealistas hacen brotar ante nuestros ojos asombrados una multitud de imágenes "explosivas fijas" que son el símbolo más estimable y significativo de esa búsqueda en el inconsciente que ha sido la razón de su existencia.

Podríamos concluir aquí, pero sería desconocer profundamente el aspecto si no más original por lo menos más representativo de la actitud moderna en materia de poesía. Nada de lo que acabamos de decir es, en efecto, exclusivamente propio de nuestra época. Ni Nerval, ni Baudelaire, ni Rimbaud pertenecen a nuestra generación, y el surrealismo, mucho antes que nosotros, había sabido reconocer la autenticidad de sus experiencias. Hoy, si bien éstas conservan todo su valor, no se podría afirmar que sucedería lo mismo si ahora se reprodujesen tal y como cada una se realizó en su época. Los surrealistas podrían, sin reserva alguna, hacer íntimamente suya la aventura de Rimbaud. Pero nosotros somos, a lo que parece, mucho más exigentes. En un tiempo señalado por los acontecimientos más trágicos, la poesía no puede recoger nuestra total adhesión más que en la medida en que el poeta ponga en primer plano su preocupación por aquello que más nos interesa conocer y, por fin, poseer: la realidad del mundo que nos rodea. "Realidad áspera para abrazar" predicaba ya Rimbaud, pero él no había hecho más que entrever su importancia al término de su estadía en el infierno y casi en el instante preciso en que iba a callarse definitivamente. Porque en 1873, la realidad no se había impuesto como lo hizo después. El poeta podía adoptar a su antojo una actitud de independencia hacia ella, o aún preferir ser explorador de desconocidos universos antes que el descu-

Cuadernos de Mercedes

bridor de un mundo de todos conocido.

En 1925 se da uno todavía el lujo, si no de desdenarlo sistemáticamente —“excluyéndolo por vil”— por lo menos de tomarlo como simple punto de apoyo y de partida hacia otro reino, irreal, pero maravillosamente tangible, del que es amo el poeta. Pero en 1946 Antonín Artaud pondrá las cosas en su justa medida al escribir: “La realidad es terriblemente superior a toda fábula, a toda historia, a toda divinidad, a toda irrealidad”. Se comprende el significado de ese “terriblemente”. Es propio del artista —dice Nietzsche— “no tolerar la realidad”. Hoy día el poeta tal vez no sufra menos que “el artista en la mazmorra” de Baudelaire, que ahogaba lo real entre sus cuatro paredes. Pero ha comprendido la vanidad e inutilidad de erigir siempre un arte de rechazo y de refugio.

Si pensamos, por otra parte, que el problema del hombre no se plantea más en nuestros días, en términos psicológicos e individuales sino colectivos y metafísicos, se comprenderá sin esfuerzo que es para nosotros de interés vital encontrar en la poesía un lenguaje verdaderamente objetivo, comunicable, “para todos”, tal como lo soñaba Lautréamont.

Ya Rimbaud, se vanagloriaba de inventar “un verbo poético accesible, un día u otro, a todos los sentidos”. Y los surrealistas pretendían descubrirlo en la escritura automática. Su ambición sólo podía estar destinada al fracaso: no todo el mundo puede hacerse vidente o lanzarse al inconsciente. Es sólo en el dominio de lo real, allí donde convergen las preocupaciones y las miradas de todos, donde el poeta podrá encontrar esos “lugares comunes”, esos “campos de entendimiento”, como los define Gaetan Picón. Constituyen la condición necesaria para que se afiance ese verbo que encontraría en cada uno de nosotros ecos y resonancias infinitas. Algunas miradas arrojadas sobre la orientación poética actual nos ilustrarán poderosamente. Los poetas que desde ya podemos considerar como más representativos, formando parte más íntimamente de nuestra época, aquellos que, en todo caso, mejor nos responden, no son por cierto un Aragon; primero, porque su preocupación por alcanzar un lenguaje objetivo inscribiendo confidencias personales en el contexto de una realidad social o nacional no le impide mantenerse demasiado apegado a ciertas reglas tradicionales que, aunque él pretenda lo contrario, dañan la verdadera comunicación; después, y esto sobre todo, porque carece en absoluto de lo que Gaetan Picón llama “la gravedad del testigo de las catástrofes” que hubiera podido hacer de su poesía ese testimonio

Jean Bessalel

y esa revelación de nuestro mundo que tanto esperamos.

No es tampoco —y esto tal vez parezca más paradójal— un Eluard, cuya poesía, en el estado más avanzado de su evolución, es de una claridad y de una certeza confiada, símbolo sin duda de la más hermosa aventura poética, de la más hermosa aventura humana que se haya jamás emprendido, pero que más parece pertenecer al futuro tal como se sueña que al presente tal como se impone.

Pero sí lo son poetas tan extraños y diversos como Francis Ponge, René Char, Prévert, Michaux. Herederos de Rimbaud cada uno a su modo y según su propio genio, son ante todo exploradores y guías. Se empeñan en descubrir y revelarnos nuestro propio mundo; no un mundo privilegiado —vale decir que presuponga una experiencia privilegiada para ser alcanzado, como pretendían los surrealistas— sino aquel que cada uno de nosotros puede conocer y reconocer. De Prévert a Michaux, todo nuestro universo cabe en sus poemas, desde las banalidades más gentiles e insignificantes a los absurdos más criminales. ¿Poemas, decíamos?. Podemos dudar de que lo sean. Al llevar a límites extremos su preocupación por la objetividad, la comunicación, la observación, la revelación, estos poetas llegan a poner en tela de juicio la esencia misma de la poesía. Y no es una de las paradojas menores de nuestro tiempo en que, según la expresión de Eluard “la poesía es la realidad misma”, ver por primera vez a los poetas presentarse de la manera más despojada, menos poética, poniendo la realidad primero y relegando la poesía a segundo plano.

**Trad. directa del francés por la
Prof. Elena Hors de Correa.**

Propiedad colectiva

La muerte es de todos:
cuando decide entregarnos
el despojo
sustraído de voces
y de lágrimas
cada uno
la sabe su bandera
o en semilla la transforma
por su carne.

Es de todos:
fruto sigiloso penetrando
como limpia mordedura
de la tierra
que así recobra
su forma
inadvertida.

Es de todos:
espuma sombría
que golpea
una y otra vez
la misma orilla.

A un libro de poemas de Li Po

El viejo Li Po
nunca podrá dedicarme este libro.

Cuando flotaba entre el polvo
y los restos
de muchos libros destruídos
yo lo adquirí
pagando precio justo:

el tiempo multiplicado
que ahora le dedico
que ya no es el tiempo de Li Po
y que no será jamás
el tiempo mío.

Carne

Esta es mi carne
mi profundo
alrededor humano
mi fiel contorno
siempre adentrándose
en el total
que así me condiciona.

Esta es mi carne:
hecha de raíces
desdeñada
frustrándose en impulsos
deteniéndose en sueños
fluyendo por el tiempo
hacia la ausencia
que será su luz
y su memoria.

Ese día

Quien pudiera
el viento del otoño
tener
cuando llega el amor
a cara y cruz
un pájaro
buscar
en otro pueblo
el cadáver del niño
que reclama un ángel
cuando lleguen
las doce o tres minutos
antes con azúcar
un racimo de sangre
una mujer encinta
ese golpe de tos
cuando la tierra abre
y rompe
como un huevo su cáscara
quién pudiera
sobre la piedra el beso
bajando por la frente
la ternura
la lágrima vencida
la morada del hombre
de par en par
abierta
la sonrisa
una calle de pan...

Ceniza

Desconocida y tú
la de la boca helada.
A veces te imagino
acaso con la paz
que por las noches
habita las ventanas,
quebradas apenas
por un hilo
tembloroso.

En la mitad de un corredor
sin luces
estirado y estrecho,
en el que se hunden
para nunca
tus huéspedes
delgados.

Quiero a veces tu beso:
lo deseo
cuando no me creces
de las manos,
y te siento gotear
sin que me inundes
siempre.

Cuadernos de Mercedes

Pero en las noches,
casi te apareces
cuando el ropero
y el sillón
y todo
me escupen sombras
a la cara.

Creo verte
entonces:
fina y alta,
negándome tu labio
húmedo y frío
que me besa en las manos.

A Nuestra Hija

I

Ahora que las golondrinas
definitivas bajaron
al color de los frutos

ahora que en las manos
crece un caracol
una amapola hurtada al viento

ahora que en los andamios
se multiplican las raíces
tú vienes
por estas golondrinas y amapola

y yo miro a las calles
a las puertas desteñidas
y entre ladrones y señores
entre ganzúas y perfectas drogas
yo miro a la calle y digo
qué podré darte
ahora que las golondrinas
definitivas bajaron
al color de los frutos.

II

Este nombre
que desde siempre fue tu nombre
porque antes que tú
estaba en la esperanza

este nombre
que tantas veces he oído
decir y gritar en la calle
decir y gritar en los diarios

este nombre
desde hoy es tu nombre
y no importa que cada vez
me sorprenda al oír
cómo en sus letras cabe
el ritmo de tus manos
y la sonrisa de tu voz.

Duda

Mitad vida
mitad muerte
y yo beso
mitad vida
mitad muerte
y al sentir
alas en mis besos
pregunto
dónde la vida
dónde la muerte

y nuestro fuego
se volvió niña
y en su mano está la duda
y al besarle pregunto
don de la vida
o don de la muerte.

Diario de un adolescente

—12/VIII/63

¡Qué día horrible fue ayer! Habíamos planeado con un amigo pasear en bicicleta y salimos bajo la fría garúa; más nos hubiera valido ir al cine.

Hoy me dormí, el despertador sonó a las 6 y 30, lo trabé y seguí durmiendo, cuando desperté eran las 7 y 30, me vestí y salí a super-velocidad.

Ayer fue el cumpleaños de mamá, cuando me levanté toqué “Feliz cumpleaños” en el acordeón y ¡qué mála pata! ¡me equivoqué! A mi hermana que lo cantaba la enfureció, y mamá estaba de mal humor ¡justo ayer! No sé qué pasó con la comida, la cosa es que fue difícil retornar a la atmósfera de buen humor que casi siempre reina.

Hace poco rato acaba de irse mamá y los nenes para afuera, a la escuela; no sé si sabes que mamá es maestra de una escuela rural.

Se acerca la semana terrible: escritos seguidos; ¡a estudiar! y con el sueño que tengo... me acosté tarde anoche, podría dormir una siestita ¿no? y después cumplir con la obligaciones; eso haré.

—Martes 13

Acabo de llegar de gimnasia, como siempre la gimnasia me quita las ganas de estudiar, ¿qué raro, no? Me dió apetito; ya lo sacié.

Pasé por la casa de “ella”, no la ví, hubiera saltado el paredón de su casa, como Romeo, pero no soy tan valiente, ni mi amor es tan grande. Ayer me dijeron que pensaba dejarme, ¿y a mí qué? digo a veces, pero hay momentos en que me pongo triste.

Mañana tengo escrito de Ciencias, estudiaré mucho y a fondo.

M. prometió llevar algunas canciones “nueva ola”, las leeremos en clase de dibujo; mientras no nos pillen...

Cuadernos de Mercedes

Extraño a P., no vino más que el “zapallo”, pensábamos pasar días felices con él, dijo que vendría a los dos o tres días y sin embargo no apareció más. Me gustó muchísimo la idea que tuvo de llevarnos a mi hermana y a mí a Paysandú en avión, pero la anticuada de mamá no nos lo permitió. ¡Bah!

Pensándolo mejor lo hizo por nuestro bien y por un lado me gusta que sea así.

Bueno, diario, se me agotaron las noticias. Hasta luego.

P. D. Cualquier cosa que pase con “ella” te lo haré saber.

(P. es mi primo, 26 años)

—Miércoles 14

En este momento estoy en la cama reposando de las fatigas del día.

Fui a la Biblioteca Giménez a estudiar, eso es ya demasiado para lo que acostumbro; dijo mi hermana, “para no variar hoy estudiaré poco”, y le respondí, ¿eres amante de la rutina?

No te asustes, diario, no somos tan haraganes.

Estoy de tan mal humor que es difícil adivinar la tragedia que me pasó. Nos hemos peleado; sí, con N. Cuando nos encontremos quién sabe qué irá a pasar. Yo sé que no la amaba, ni mucho menos (me asusta la palabra —amaba), pero con el tiempo podía haberla llegado a querer. Era mi primera novia.

Bueno, borrón y cuenta nueva.

No fue un día digno de recordarse, así que aquí nomás termino.

¡Ah! estuvo L. y cenó con nosotros.

Hasta mañana.

—4/IX/1963

(...) Al releer lo que escribí no me gustó, puse palabras extravagantes. Cuando estoy contento me da por ahí.

En pocos días cambió algo mi manera de ser (o será que ahora pienso así).

Te diré las estupideces que hacía; (quizá las vuelva a hacer): recorté la fotografía de Palito Ortega (¿lo conoces? ídolo de la juventud) y lo encuadré. Pasaba ratos frente al espejo haciendo muecas. Aprendí de memoria muchos twist de moda; cuando se oía uno en la radio me pegaba a ella o lo bailaba. Hice mi autorretrato (que me sa-

Sección del Estudiante

lió muy bien) y ahora hago coplas. En algo se tiene que entretener un chico snob.

Para disipar esta atmósfera de malhumor transcribo algunas coplas (las mejores):

Ya mi amada me reemplaza,
y me mira con desdén,
porque el domingo en la plaza
coqueteaba ella muy bien.

¿Habrá estudiado Peña?
De seguro que no,
si el profesor le hace seña,
de que pase, sonó.

Ya mi mente está embotada
con una semana de agua
impertinente y mojada
como para usar paraguas.

¡Bécquer se hubiera dedicado a otra cosa! ¿verdad?

P.D. No soy un lirón, lo que pasa es que van dos noches que sólo duermo seis horas.

Bueno, llegó la noche, continuemos la charla.

Hoy, cuando T. se enteró que yo te confesaba mis asuntos amorosos me dijo —“¿Estás loco? ¿Cómo pones esas cosas?— ¡Qué idiota! pensé (fuí crudo). Si no soy sincero contigo, diario, no tendría sentido escribirte ¿no?

Quiero que contestes a esta pregunta: ¿te gusta mi manera de escribir, o prefieres que diga —“me levanté a las 7 y 15, fui al liceo, vine, comí, dormí, fui a clase de acordeón, estudié, me acosté, dormí... ¿o algo por el estilo? Muchos entienden que es ésta la manera de escribir un diario.

Mañana sábado iré para afuera, hay un cumpleaños de 15 por allá. Me invitaron, te llevaré.

Al fin, el cumpleaños fue ayer, pero quizá lo festejen mañana.

Lo empiezo a ver todo tirando a negro. Se acercan las reuniones. Hasta mañana.

Cuadernos de Mercedes

—7/IX/63

No fui para afuera, llovió.

Hoy me divertí muchísimo en clase de música por las payasadas de T. y mías.

Le pregunté a la profesora si se podían llevar biografías de músicos, porque yo tengo algo de material; nunca pensé que tomara tanto interés en esto; estuvimos hablando y parece que quedó creída que el día próximo yo daré una fantástica lección. ¡Ojalá no se ilusione en vano!

Mañana domingo, ¿qué haré? Cualquier cosa menos estudiar, supongo cine y plaza: obligado programa dominguero.

Puede pasar algo imprevisto mañana que rompa la rutina. Ojalá. Son las 23 y 30: ¡Total! Puedo dormir hasta las 10 mañana.

Ahora hago la mitad de los deberes, la otra mitad quizá se haga sola. ¿verdad diarito? Chau.

—Lunes 9

Ayer no fui al cine, se me hizo tarde, ¡me levanté a las 11! Caminé con D. toda la tarde, fuimos al río, estaba N., no me miró.

De noche fuimos a un baile, al que no entramos, desde fuera vimos que no estaba nada animado y nos fuimos. Caminamos por todo Mercedes. Antes de salir al baile estuvimos ensayando; vinieron dos chicas vecinas, A. y C.

Hoy no pasó nada fuera de lo normal, a no ser que vino H. de Montevideo; quizá sea mi futuro cuñado; eso lo decidirán mi hermana y él. Antes no me gustaba H., y nos peleábamos seguido, pero siempre fui consciente de que es un muchacho bueno. Hace como 10 años que lo conozco. El enamorado eterno; no sé donde leí que la paciencia y perseverancia se ven premiadas al fin. Deseo que llegue D. a buscarme para jugar a la lotería y tomar chocolate: la fiestita de cumpleaños de I. (debe cumplir como 38). ¡Bien que esconde sus añitos!

Al ratito: Leí esto: "Las catástrofes y terremotos que ocurren en el extranjero nos disgustan menos que una pequeña abolladura en el automóvil nuevo". ¡Cuánta razón tuvo el que lo escribió! Hoy leí en el diario lo del incendio en Brasil y las 250 vidas que se acabaron en él. Todo lo que puedo hacer es rezar por esos muertos; todos los días suceden cosas horribles; si nos entristecieran todas ellas y nos espantaran, nuestra vida sería un constante lamento. Entonces es normal que ocurra eso que leí... que no está escrito con esas pa-

Sección del Estudiante

labras pero que expresa lo mismo. Lo leí hace como un mes y me impresionó la sinceridad de quien lo escribió; se me quedó grabado. ¿Opinas igual que yo?

—Miércoles

Tengo la incertidumbre de que no aproveché este día; mucha risita en clase de dibujo, aburrimiento en francés, pero emoción en inglés (pasé), no estuve mal.

En el continuado, ¿para qué andarse con vueltas? esperaba ver a N. pero no fue.

P. fue a clase ¡con un peinado! parecía Brigitte Bardot —¿Andás buscando novio? le pregunté; todo el mundo le hacía bromas por el estilo.

Tengo poquitas cosas que contar hoy.

—13/IX/63

¡VIVA la vida! mañana empiezan las vacaciones. S. se va para afuera pero yo me quedo un día más acá, tengo un programita. Te contaré cómo me va, no quiero adelantar nada.

El domingo hay concurso de Twist, empieza a las 2 (14 horas), no sé si ir al cine o a la Sociedad Italiana donde se realiza.

Se armó un escándalo a última hora; tuvimos libre y no nos dejaron ir; a pesar de no ser un alumno revoltoso tiré algunas pelotitas de papel. Siento que no lo puedo callar; aunque tengas un concepto malo de mi (no creo). Planearé con A. ir al cine, ella y el novio y T. y yo. Hoy conocí a T., es una vecina nueva; por intermedio de A. me enteré que gusta de mí, y entonces etc. etc. . .

Mi manera de escribir es de un niño de 10 años, atropelladamente y sin orden.

Hoy empecé las vacaciones, pues no estudié para mañana.

¡Cómo estará de enojada B. porque no fui a su cumpleaños! Modestia aparte, era el invitado especial.

Mañana visitaré a E., creará que me olvidé de él. Hace tiempo que no salimos juntos. Se fue H. y F. quedó un poco triste, quisiera verla sonreír como siempre. Trataré de no olvidarme de ti cuando vaya para afuera, así te haré conocer mi manera de divertirme. Hasta mañana.

—24/IX/63

Pasaron las preciosas vacaciones. Me olvidé de llevarte para

Cuadernos de Mercedes

afuera, tengo montones de noticias.

Una tarde que tuve necesidad de contar lo feliz que era, tomé un cuaderno, escribí y escribí como 3 hojas y mi cabeza de chorlo lo dejó olvidado afuera. ¡Era tan dichoso en aquellos momentos! En cuanto pueda lo transcribo aquí.

El nivel del agua bajó, el Remeros se secó y la clase comenzó. No soy nada ágil. Ayer caminé toda la tarde, hasta que me dolieron los pies buscando un condenado libro.

Tengo novia —después me extenderé en detalles. (Se llama R).

P. D. Me di cuenta que la vida de un adolescente no se reduce a cambiar de novia todos los meses. Hay cosas 3 veces más importantes y serias.

(Aparece en el "Diario" un dibujo de un jugador errando un tiro al cesto, y al costado dice: No le emboco una).

—25/IX/63

(Escrito con lápiz). Acabo de vivir una experiencia. Pasé momentos de miedo. Fui a visitar a R.; hace 4 días que no iba. Ella me espera en la puerta a las 7 y 30. Su hermana mayor nos hace "compañía", conversamos de todo menos de amor. El padre lo ignora, por supuesto, y no está a esta hora. De repente se acercó un hombre en bicicleta. ¡Era el padre! Paró a 4 metros de nosotros, R. se metió como una exhalación para adentro.

—Sábado

Estoy en clase de historia. No pasó nada, después lo paso con tinta.

E. P.

Estudiante de 3er. año

¡ASI SON NUESTROS MUCHACHOS!

¡Qué sinceridad, con qué fidelidad refleja este diario lo que es un muchacho mercedario! Era "malo" en literatura, y a la profesora se le ocurrió la feliz idea de que escribiera un diario. Y hoy disponemos de este documento, que no tiene desperdicio, que nos hace sonreír y enternecer, que nos hace comprender mejor cómo es, cómo vive un muchacho mercedario. Padres y profesores, léanlo con atención, con cariño, con emoción. ¡Todos tenemos tanto que aprender!

Amanecer

La semi penumbra que precede al alba
abre el cáliz blanco donde duerme el día.
la noche ha llorado y ha dejado lágrimas
sobre el tapiz verde de verde gramilla.

El monte despierta, una densa bruma
lo envuelve en su aliento lo mismo que al río
que arrastrando ramas cubiertas de espuma,
corre velozmente, ciego, embravecido.

De un buey tempranero se oye el mugido,
ya el tosco labriego' empuña el arado
sin pensar en nada, indolente al frío,
los surcos torcidos y el paso cansado.

El aire se quiebra con la campanita
que reclama fieles; su eco perdura...
y el rancho despierta con la mañanita
y el tierno vagido de una criatura.

Camino de mi Cabaña

Voy caminando agilmente
a lo largo de la playa;
salpícame el ancho río
con sus escamas plateadas
y los sauces me acarician
con sus vegetales palmas.

Cuadernos de Mercedes

Voy respirando el otoño
camino de mi cabaña;
un pálido sol me mira
por entre nubes grisáceas,
la tarde se va muriendo
lentamente en lontananza.

Entre verdes camalotes
semi-hundida entre las aguas
se ven los ahogados hierros,
despojos de una barcaza
cuya ancla veo al sur
en las noches estrelladas.

En la arena van quedando
difusamente grabadas
las huellas de pies descalzos
que van dejando mis plantas
como mudo testimonio
de mi paso por la playa.
La tarde se va muriendo
lentamente en lontananza.

José Abel Polero

Estudiante de Magisterio

Del ingreso al Liceo y otros comentarios

Cuando comencé el Liceo recuerdo que deseaba vivir y conocer lo que había oído comentar a mi alrededor. Tenía una vaga noción de lo que consistía lo que iba a realizar, noción formada por lo que expresaba al principio. Llegado el segundo día de clase había tenido contacto con casi todos los profesores del año y las respectivas asignaturas. Cada uno se presentó distinto en su modo de ser y forma de dar la clase. Muchos nos dijeron algo, comentaron la diferencia entre la escuela y el Liceo; nos hablaron de que debíamos cambiar o de que habíamos evolucionado (ya no éramos niños). Pero no recuerdo haber oído decir a ninguno en **qué** consistía el Liceo. Algunos se expresaron muy bien en cuanto a disciplina pero nada dijeron de la importancia y trascendencia del estudio. El profesor de Matemáticas, por ejemplo, expuso claramente el método a seguir en clase; no necesitó definirlo: lo trasmitió directamente desde su primera clase. De los demás profesores no recuerdo que nos hayan marcado un método o al menos una idea general de cómo hacer o encarar el curso. Y no hablemos si se nos explicó la mejor manera de estudiar o el porqué del estudio de Francés, Dibujo, etc. Hablamos de lo que era "la Historia" pero no del porqué de su estudio detallado y **extenso** (dos libros en un año, para una sola materia, es cosa de difícil comprensión para el que recién ingresa). Debo advertir, sin embargo, que no soy partidaria de las situaciones extremas. De ningún modo quiero expresar que al estudiante que se inicia deba dársele un curso teórico de explicación de los "porqué" y de metodología. Ni una cosa ni la otra. El concepto "liceo" lo entendemos cabalmente recién a través de los años de estudio continuados en él. Pero es un hecho a tener en cuenta el que no se dé **ninguna** —o muy poca— noción previa. Las pocas orientaciones quedaban libradas al buen sentido y experiencia personal de cada profesor pero sentíamos que no era algo expresamente elaborado y aplicado sistemáticamente en cada asignatura por **todos** los profesores de ella.

A manera de conclusión quiero aclarar que esta observación

Cuadernos de Mercedes

mía —individualmente experimentada— no es una novedad; podría serlo solamente el que me haya lanzado, como estudiante, a expresarla. Hay una evidente omisión —o inhibición— de parte del estudiantado a expresar lo que realmente le interesa; apenas si unos pocos se limitan a dar algunas opiniones orales. Recién despertamos cuando estamos en la etapa universitaria. “Es necesario que el enfermo diga al médico lo que siente” decía por ahí Vaz Ferreira. Como liceales debemos decir a los profesores lo que sentimos. (Pero, por otra parte, también agregamos: ¿cómo responder si a veces no nos preguntan?) Por eso ahora estamos aprendiendo a decir las primeras palabras, que no llevan otra intención que colaborar en la enseñanza junto al Liceo, profesores y toda Enseñanza Secundaria. Y aprovecho a decirlas ahora, en mi último año de este segundo ciclo de enseñanza, como agradecimiento a todo lo recibido. Esperar a saber expresarme mejor para decirlas, ya ellas no tendrían el mismo efecto; no sería un enfermo sino un convalesciente quien hablara.

María Inés Licio

2º año Preparatorios de Ciencias Económicas

Comentarios bibliográficos

DIANA RAZNOVICH: "Caminata en tu sombra", Poemas; con dibujos de Enrique Crosatto y carta-prólogo de Armando Tejada Gómez. Editorial Stilcograf, 80 pp. Buenos Aires, [REDACTED] 1964

Es tal la calidad de estos poemas —sencillez profunda, despojamiento y densidad— que no podemos menos que asombrarnos cuando, al leer en la contratapa los datos de la autora, nos enteramos que ha nacido apenas en 1945. Y que además ya cuenta con otro libro en su haber —"Tiempo de amar", Ediciones Nuevo Día, 1963— y con un 1er. premio de poesía en el concurso organizado en el mismo año por el Centro de Estudiantes de Medicina de Buenos Aires. Ninguna de estas referencias tendría mayor significado, sin embargo, si no las acompañara el libro que ahora nos ocupa. Ya elija como temas la tierra, el hombre, el amor, la muerte, Diana Raznovich los trata con una poesía y una intensidad tan maduros que el saldo que su lectura nos deja es más que valioso. Optimista a veces, o dolorida y grave, tierna siempre, sencilla, plena, su estilo es impecable. Por razones de espacio nos es imposible transcribir en esta breve reseña algunos de sus poemas; además, no sabríamos cuál elegir. Un libro que merece ser leído. Lo recomendamos especialmente.

A. V. M.

JOSE DEL C. NIETO: "Río Teuco" —Novela— Ediciones del Instituto Amigos del Libro Argentino, 90 pp. Buenos Aires, [REDACTED] 1963

El mérito mayor de esta novela reside sin duda en sus numerosas y hermosas descripciones; es realmente poética y muy sensible la posición del autor frente a la Naturaleza. Los personajes, en cambio, carecen de hondura psicológica. Tratamiento un tanto débil del tema vigoroso que se ha propuesto. Sentimientos y situaciones demasiado convencionales.

A. V. M.

Publicaciones recibidas

LIBROS

LUIS ARENAZA: "Lámpara ciega" —Poemas— Ilustraciones de María Esther Liechti. Editorial Periplo, 90 pp., Buenos Aires, 1963.

DIONISIO AYMARA: "Sonatas" —Poemas— Ediciones Zona Tórrida, 50 pp. Caracas, 1963.

"Aconteceres del Alucinado" —Poemas— Edic. Alrededor de la Mesa (comunicación poética), 64 pp. Bilbao, 1964.

RAFAEL CASAL MUÑOZ: "La Casa" —Poemas; viñetas de Rafael Barradas— Biblioteca Alfar, 80 pp. Montevideo, 1961.

"Cuentos del Señor López" —Cuentos; viñetas de R. Barradas. Biblioteca Alfar, 60 pp. Montevideo, 1963.

SELVA CASAL: "Poemas de las cuatro de la tarde" —Poemas— 40 pp. Montevideo, 1962.

GABINO ALEJANDRO CARRIEDO: "Política Agraria" —Poemas— Edic. Poesía de España, grabados en linóleo de Ricardo Zamorano. 65 pp. Madrid, 1963.

ALFREDO GRAVINA: "Seis pares de zapatos" —Novela— Ediciones Aquí Poesía, serie Aquí Testimonio. 80 pp. Montevideo, 1964.

JUAN CARLOS KREIMER: "Acerca del desorden" —Poemas— Edit. Poesía Ahora. Serie Opus Uno Nº 1. Ilustración de Héctor Tilse. Buenos Aires, 1964.

MATILDE LEGIDO: "Marcha y Contramarcha" —Novela— Ediciones Aquí Poesía, Serie Aquí Testimonio. 96 pp. Montevideo, 1964.

HERMANN LEMA: "Perfil del aire" —Poemas, 50 pp.— Montevideo, 1964.

"5 Variaciones y un Requiem" —Poemas, 24 pp. — Montevideo, 1964.

NORMA PEREZ MARTIN: "La Búsqueda" —Cuentos— Dibujo de Aldo Pravia; 64 pp. Buenos Aires, 1962.

"Los Náufragos" —Poemas— Ilustración de Aldo Pravia. Edic. Colombo, 50 pp. Buenos Aires, 1963.

MANUEL PINILLOS: "Atardece sin mí" —Poemas— Colección Adarce N° 1. Ediciones La Calle, 110 pp. Zaragoza, 1946.

JULIO FELIX ROYANO: "Animal de Presa" —sub-título: Memorias de Iseo— Poemas, con dibujos a pluma de Natividad C. Montilli. Edic. Instituto Amigos del Libro Argentino. 100 pp. Buenos Aires, 1963.

A. TEJERA - C. TARDAGUILA: "Dos Cantos en la Ciudad" —Poemas— Portada de Anheló Hernández. 80 pp. Montevideo, 1964.

REVISTAS

ALCOR: Publicación paraguaya de cultura. Nos. 28, 29 y 30 (enero - junio de 1964). Dir. Ruben Bareiro Saguier. Iturbe 870 Asunción - Paraguay.

AQUI POESIA: Publicación bimestral. Director: Ruben Yacovsky. Veracierto 1870, Ap. 6, Montevideo - Uruguay. Número 10 (febrero de 1964); N° 11, dedicado a poemas de Enrique Elissalde "Poemas de los diez días"; N° 12, selección de poesías de Julio J. Casal; N° 13, poemas de María Amelia D. de Guerra "Desde antes de la infancia"; N° 14, poemas de Ruben Yacovsky "Muchacho r"; N° 15, poemas de Clara Silva "Guitarra en sombra"; N° 16, número correspondiente a agosto de 1964.

APOLODIONIS: Revista mexicana de cultura. Mayo de 1964 (V. 2). Director: César Issasi. Apartado 2662, Monterrey - México.

Cuadernos de Mercedes

CASA DE LAS AMERICAS: Nos. 22, 23 y 24 (enero - abril de 1964)
Redacción: Tercera y G., Vedado - Habana - Cuba.

ECO CONTEMPORANEO: Nº 6 - 7 (1963). Editor responsable: Miguel Grinberg. C. Correo Central 1933 - Buenos Aires.

EL CORNO EMPLUMADO: Nos. 9 y 10 (enero - abril de 1964).
Editores: Sergio Mondragón - Margaret Randall. Apartado Postal 13.546 - México 13 - D. F.

ESPIRAL: Letras y Arte. Nos. 90 y 91 (marzo y junio de 1964). Director: Clemente Airó. Calle 24 Nº 21-33, Bogotá - Colombia.

GANIGO: Nos. 46 - 47 (1964). Dir. E. Gutiérrez Albelo. La Cuesta, Santa Cruz de Tenerife.

ORIZZONTI DI GLORIA: Letras - Ciencia - Arte. Año IV - Nº 4 - 6 (abril - junio de 1964). Director: Ciry Punzo, Vía Nazionale 6 - Nápoli - Italia.

PAJARO CASCABEL: Nº 9 (enero de 1964). Apartado Postal 13.541, México 13 - D. F.

PAN: Nº 39 (1963). Dir. Emilia B. de López Claro. Mitre 410, Azul, Pcia. Buenos Aires.

PROFILS POETIQUES DES PAYS LATINS: Nº correspondiente a abril de 1964. Dirº: Henry de Lescoet. H. Barbier 66 Bd de Cessole, Niza - Francia.

PUBLICACIONES MINERVA: Volúmen II —“6 autores”— Poemas, Montevideo, 1961.
Volúmen III —“Espigas de Sueños”— Poemas, Montevideo, 1962.

RECONSTRUIR: Revista libertaria bimestral. Nos. 4 - 8 - 9 - 14 - 16 20. Humberto 1º 1039 - Buenos Aires.

7 POETAS HISPANOAMERICANOS: Revista de poesía. Nº 9, junio de 1964. Dir.: Nancy Bacelo. Durazno 2273, Ap. 16, Montevideo - Uruguay.

Noticia de los autores

CARLOS SARATSOLA: Ver "Cuadernos de Mercedes" Nº 3.

LEONEL REY: Nació en Mercedes alrededor de 1930. Es maestro y ejerce su profesión en el interior de la República. Publicó sus primeras poesías en la revista literaria ASIR (1949).

WILSON ARMAS: Ver "Cuadernos de Mercedes" Nº 2.

LIBIA VITOVICH: Nació en Minas alrededor de 1933. Actualmente reside en Paso de los Troncos (Dpto. de Lavalleja) donde se desempeña como maestra.

SONIA J. CERVETTI: Ver "Cuadernos de Mercedes" Nº 2.

A. CH. ALDIGHERI: Nació en Mercedes en agosto de 1911. Sólo posee estudios primarios pues desde muy joven debió trabajar. Hace solamente cinco años que se despertó en él esta inclinación hacia la poesía.

SAUL IBARGOYEN ISLAS: Nació en Montevideo, Uruguay, en marzo de 1930. Ha publicado los siguientes libros de poemas: **El pájaro en el pantano** (1954), **El rostro desnudo** (1956), **El otoño de piedra** (1958), **El libro de la sangre y Pasión para una Sombra** (ambos en 1959), **Un lugar en la tierra** (1960), **Ciudad** (1961), **Límite** (1962), **Sin regreso** (1962), **De este mundo** (1963), Colabora en diversas revistas culturales del país y del extranjero. Actualmente reside en Rivera.

LUIS ALBERTO VARELA: Nació en Montevideo el 25 de agosto de 1912. Publicó sus primeros poemas en el diario Imparcial (1930) y posteriormente en la revista Mástil que dirigiera el poeta Alvaro Figueredo. Sus libros: **Heme**, poemas, 1939; **Antelación**, crítica literaria, 1940; **Cara y Cruz de la Espe-**

ranza, poemas sociales, 1941; **Tiempos del amor y la amistad**, poemas, 1943; **Mural de poesía**, 1955; **Dos poetas**, con Maresor Di Giorgio, Cuaderno 45 de la colección Julio Herrera y Reissig, 1956; **Costado triste**, poemas, Ediciones Agón, 1958; **La calle se levanta**, poesía, 1960; y **Estampas montevideanas**, crónicas, Ediciones Aquí Poesía, Serie Testimonio, 1963.

LUCIO MUNIZ: Nació en Treinta y Tres el 16 de mayo de 1939. Colabora en diarios y revistas culturales. Actualmente vive en Montevideo. De próxima aparición: **"Piel y Ceniza"**, poemas.

ENRIQUE ELISSALDE: Nació en Montevideo en octubre de 1939. Libros publicados: **Ora individual** (1960), **Víspera Unánime** (1964), **Poemas de los diez días** (1964).



Aquí Poesía

Publicación Bimestral

Director: RUBEN YACOVSKY

Veracierto 1870 - Ap. 6

Publicación
Literaria
Periódica

COLABORE

"Cuadernos de Mercedes"

HAGASE SUSCRIPTOR

Cada número \$ 6.00

Correspondencia y valores a:

Eusebio E. Giménez 620

Mercedes - Uruguay

Revista de la

«Cuadernos

de

Mercedes™

1954 - 1955

Publicación

Literaria

Periódica

"Revista de la Mercedes"

INTERNATIONAL MERCEDES

Precio del ejemplar

1954 - 1955

\$ 6.00



